
CRONICA DE LA SESION DE PREHISTORIA DEL CONGRESO DE JOVENES HISTORIADORES Y GEOGRAFOS.

Durante los pasados 12 al 16 de diciembre de 1988 y bajo la presidencia de honor de S.A.R. el Príncipe de Asturias tuvo lugar en el Salón de Grados de la Universidad Complutense de Madrid el «Congreso de Jóvenes Historiadores y Geógrafos» organizado por la Asociación de Estudios Histórico-geográficos de la Universidad Complutense de Madrid (A.D.E.S.) con la colaboración del Colegio Oficial de Doctores y Licenciados de esta misma ciudad.

En la mente de sus creadores, el objetivo del Congreso era seguir el pulso, sondear la actividad investigadora de la universidad española en la actualidad, así como difundir los resultados de esta actividad entre los especialistas. Por ello se estructuró como un congreso de temática libre, al que podían presentar comunicaciones los estudiantes universitarios o licenciados no mayores de 29 años y conforme a las siguientes áreas: Prehistoria, H.^a Antigua, H.^a Medieval, H.^a Moderna, H.^a Contemporánea, H.^a del Arte, H.^a de América e H.^a del pensamiento geográfico y del urbanismo.

La respuesta a la convocatoria fue altamente positiva: 517 participantes inscritos y unas 200 comunicaciones. De ellas, la mitad aproximadamente fueron presentadas por investigadores de las universidades madrileñas. El resto provenían de las demás universidades españolas, generalmente licenciados de los cursos de doctorado, algunos alumnos sobre todo de los últimos años de carrera y también algunos doctores.

Este elevado número de comunicaciones superaba ampliamente las expectativas de la organización, pero sin embargo ésta finalmente optó por no realizar una selección. Si de sondear el nivel de la joven investigación universitaria se trataba, había que escucharlo todo: lo interesante y lo menos interesante y, de cualquier forma, la condición (expuesta en las bases del Congreso) de avalar los textos mediante carta de presentación de una autoridad académica garantizaba al menos la seriedad de las comunicaciones presentadas.

Cabría sin embargo decir que la calidad de éstas fue, en líneas generales, bastante elevada. Ello, pensamos, pueda deberse en parte al hecho de que al ser un congreso de tema libre, cada investigador pudo disertar sobre aquello que más ha trabajado y por tanto que mejor conoce.

Una vez realizada la apertura del Congreso, la primera de las jornadas fue la dedicada al área de Prehistoria. A ella concurren 14 comunicaciones que, según criterio de la organización, fueron leídas por orden de similitud temática para facilitar así una cierta contrastación entre los diferentes trabajos realizados sobre temas similares.

El primer grupo de comunicaciones lo constituyeron aquellas de carácter digamos teórico, bien

fuera historiográfico o metodológico. J. Rodríguez López inició la sesión con su comunicación «El concepto de Historia en la arqueología posprocesual». En ella, y frente a la llamada «nueva arqueología» defendió y presentó los elementos que han dado lugar a la génesis de la arqueología posprocesual o contextual. Esta es aquella que trata de reconstruir la acción humana, no el evento particular, y que lejos de considerar la cultura como algo reducible a leyes intemporales, reivindica la especificidad de la acción humana.

Como fiel reflejo del panorama de la ciencia arqueológica actual en España, también hubo algunas comunicaciones en torno a la estadística aplicada a la arqueología: J. A. Barceló explicó sus fundamentos y posibilidades, mientras que M. Medrano presentó un repertorio bibliográfico para la aplicación de los métodos estadístico-matemáticos a la arqueología de cuya exhaustividad no emitiremos juicio por el propio desconocimiento del tema en cuestión.

Cronológicamente hablando, el mayor número de comunicaciones fue aquel que giró en torno al Paleolítico. Todas ellas además tuvieron algo en común: intentaban mostrar nuevos planteamientos para el estudio del tema que se tratara en cada caso. Así, J. J. Baena y M. A. García Valero en su comunicación sobre el Cuaternario del Valle de Manzanares plantearon el estudio en base a las necesidades del Hombre. Estas le llevan a seleccionar lugares o materiales sobre los que actuará y que le condicionan un tipo de actividad concreta y una interacción con el medio. De esta forma se generaría el medio histórico.

Ellos diferenciaron entre «necesidades básicas» (las fisiológicas: autodefensa, alimentación, reproducción, reposo y eliminación de residuos orgánicos) y «necesidades secundarias», las cuales definen como «todas aquellas no incluidas en las anteriores».

Particularmente interesante nos pareció el «Aporte para una metodología sobre técnicas de talla» presentada por J. Ibáñez Estévez y J. González Urquijo en que se hacía referencia a un proyecto dirigido por J. M. Apellániz en el Museo Arqueológico, Etnográfico e Histórico vasco de Bilbao.

En la comunicación se analizaban, en primer lugar, los elementos que intervienen en el proceso de talla del útil lítico: los de comportamiento (una compleja secuencia de elecciones encadenadas) y los físicos (la fuerza aplicada, mediante un instrumento intermediario, que provocan que el sílex se fracture). Ambos elementos se interrelacionan en la cadena técnica.

Partiendo de esto y de la premisa de que cada gesto técnico y cada elección genera unas «huellas» en el útil que le son características, se trata entonces de, a la inversa, o sea a partir de los atributos de los productos de talla, conocer las actividades del artesano.

Los elementos de comportamiento son analizados, en los materiales arqueológicos, por dos vías complementarias: analizando las características formales de las piezas y mediante el remontado de los núcleos, útiles y productos de desecho. En cuanto a los elementos físicos, estudian sobre todo el tipo de percutor y la forma de aplicación de la fuerza y las huellas de ambos en la pieza, tanto a nivel macro como microscópico.

Por supuesto y como los propios investigadores expusieron, el problema estriba, por un lado, en la imposibilidad de prever todos los posibles comportamientos de un tallador prehistórico. Por otro y en cuanto a los elementos físicos, son múltiples las variables que pueden incidir en los atributos físicos analizados (que son el tipo de bulbo, de talón, morfología, etc.), como por ejemplo la materia prima, el tipo de percutor, el ángulo de lascado, etc.

Por todo ello advierten que esta metodología, que ellos proponen para las técnicas de talla, se trata de un sistema abierto en el que habrá que ir, poco a poco, encontrando atributos con mayor poder discriminador. Un sistema en el que, al menos, se establece una dialéctica con los materiales objeto de estudio sin la cual —y esta es también nuestra opinión— corremos el peligro de volver a las largas listas tipológicas meramente descriptivas.

Dentro de esta misma línea, o más bien complementándola, encontramos la comunicación presentada por M. García-Carrillo sobre el estudio de las fuentes de abastecimiento del sílex paleolítico. Expuso en primer lugar (ejemplificándolo en cada caso con estudios ya realizados en varios yacimientos sobre todo franceses) las posibilidades que ofrece este tipo de investigaciones, las cuales se basan, simplificándolo, en el análisis doble e interrelacionado, por una parte, de la materia

prima de las industrias en sílex del yacimiento y, por otra, el análisis de las fuentes de sílex existentes en la región de ese mismo yacimiento. De esta forma se extraen interesantes conclusiones en torno a los criterios de selección y sistemas de aprovisionamiento del sílex del Hombre paleolítico, así como la evolución de éstos en el tiempo y pueden documentarse movimientos de personas o relaciones sociales en áreas, incluso, donde no se habían localizado yacimientos.

Además de esto, el análisis de la materia prima complementado con talla experimental parece estar aportando interesantes conclusiones que están modificando los estudios sobre tipología lítica al demostrar cómo aspectos de los conjuntos líticos que antes se creían ser atributos estilísticos o funcionales responden, sencillamente, a cuestiones técnicas impuestas por la materia prima (por su calidad, por ejemplo, o por algo tan sencillo como el tamaño del módulo).

Un estudio de este tipo es el que está intentando llevarse a cabo en la Cova del Tossal de la Roca (Vall D'Alcalá, Alicante), pero no está sin embargo exento de problemas y en la comunicación se expusieron buena parte de ellos. En definitiva, la principal dificultad reside en la enorme heterogeneidad del sílex, tanto a nivel de aspecto como de composición. Ambos pueden variar incluso dentro de un mismo nódulo y esto lógicamente dificulta la clasificación de los sílex y por tanto su adscripción a una fuente concreta.

La autora repasó los diversos métodos macro y microscópicos mediante los que, hasta ahora, se ha intentado solventar el problema sin que hasta el momento se haya dado con uno definitivo, si no es mediante la contrastación de varios de estos métodos de diferenciación del sílex, lo que dificulta tremendamente la investigación y explica, en parte, su casi total ausencia en España.

La última de las comunicaciones en torno al Paleolítico fue la de M. Giménez de La Rosa repasando algunas de las nuevas vías de estudio del arte parietal como las de M. Conkey y A. de Sieveking o J. M. Apellániz. Todos ellos proponen nuevos métodos para extraer datos, a partir del arte parietal, sobre la socio-economía del Hombre que realizó este arte.

Sin embargo en la comunicación la investigadora se limitó a exponer las conclusiones obtenidas, pero nada en torno al método seguido para obtenerlas a partir de la plaqueta o el asta decoradas lo que, en nuestra opinión, habría resultado mucho más interesante.

J. M. García Campillo por su parte propuso una posible interpretación astronómica de 2 diseños encontrados en los abrigos de Msana Wa N'Agombe (Dedza, Malawi) y Kiantapo (Katanga, Zaire) emulando interpretaciones similares realizadas sobre petrogrifos y pinturas norteamericanas y todos los cuales representarían el proceso de aparición de una supernova, hecho ocurrido y constatado por la astronomía hacia el 1054 d. C. El investigador lo justificó, aparte de por los diseños en sí mismos, por una datación de radiocarbono coincidente con la fecha del suceso astronómico.

A excepción de la presentada por J. F. Ramos sobre los cepillos para deforestar del Calcolítico de Alcolea (Periana, Málaga), las restantes comunicaciones fueron contribuciones a cartas arqueológicas. Las de E. López Seguí sobre Agost y M. A. García Bebia sobre la Cañada del Biar, ambos en Alicante, se inscriben dentro del proyecto de realización de la carta arqueológica de la provincia de Alicante que está llevando a cabo el Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de esta ciudad con objeto de elaborar la secuencia del poblamiento humano más antiguo de las comarcas meridionales valencianas.

Por su parte, N. A. Hitos y F. J. Rodríguez Aragón hicieron lo propio sobre un proyecto del Valle medio del Genil y F. País sobre la «Caldera de Taburiente» (Isla de la Palma).

Finalmente, F. Morales presentó un repaso, en base a la bibliografía publicada, del estado de la investigación prehistórica en la provincia de Ciudad Real.

Como conclusión a este congreso de jóvenes «prehistoriadores» diríamos que vimos y oímos una alta calidad y experiencia en el trabajo de campo de las «nuevas generaciones» de la Prehistoria española, y sin embargo quizás echamos en falta, salvo excepciones, auténticas innovaciones, planteamientos revolucionarios.

A nivel de organización, si se nos permite opinar —ya que intervinimos personalmente en ella— ésta resultó muy aceptable con la excepción de dos fallos. El 1º de ellos la falta de tiempo que,

debido al elevado número de comunicaciones, limitó enormemente las exposiciones e imposibilitó materialmente la apertura de coloquios. Ya han sido expuestas las razones que motivaron a la organización a no realizar una selección.

El 2º de los fallos fue la tardanza en la presentación de los programas completos, que no estuvieron disponibles hasta la apertura del Congreso. De cara al público asistente hubiera sido de desear que hubieran podido ser distribuidos con algo más de antelación.

Finalmente indicar que la salida de las actas publicadas del Congreso está prevista para el mes de junio del 89.

MARIA GARCIA-CARRILLO ARA

Lcda. en Geografía e Historia (especialidad de Prehistoria). Facultad de Geografía e Historia. Universidad Complutense. Madrid.

SIMMS, S. R., 1987: *Behavioral Ecology and Hunter-Gatherer Foraging. An example from the Great Basin*. B. A. R. International Series 381, Oxford, 157 pp. ISBN 0-86054-493-1.

BALAAM, N. D., LEVITAN, B. and STRAKER, V. (eds.), 1987: *Studies in palaeoeconomy and environment in South West England*. B. A. R. British Series 181, Oxford, 157 pp. ISBN 0-86054-493-1.

Las tesis doctorales y las actas de congresos constituyen, como se sabe, dos de los objetivos de publicación que, desde su creación, vienen persiguiendo los *British Archaeological Reports*, tanto en su serie internacional —a la que pertenece la primera obra— como en la británica —a la que se adscribe la segunda—. Quizá esta sea la única relación que entre ambas pueda encontrarse, a pesar de otras semejanzas que los títulos, en principio, permitían sospechar. La naturaleza de cada una de ellas influye, sin duda decisivamente, en su mutuo alejamiento: el trabajo de S. R. Simms, basado en la tesis doctoral que presentó en 1984 en la Universidad de Utah constituye lógicamente una monografía sólida que refleja un detenido trabajo. La segunda, sin embargo, al recoger las actas del Symposium celebrado sobre el tema en Bristol en 1985, contiene estudios diversos, de mucho menor alcance y pretensión y de notable brevedad en algunas ocasiones.

Pero lo interesante de la comparación entre ambas obras es que las diferencias no se reducen a esos aspectos formales —entre los que cabría incluir también, por ejemplo, los derivados de los distintos marcos geográficos objeto de estudio—, sino que se derivan, esencialmente, de las perspectivas teóricas en que están basadas —explícitamente indicada en el primer caso e implícitamente evidente en el segundo—. Esta posibilidad de sopesar hasta qué punto pueden diferir dos trabajos aparentemente relacionados da respuesta, a mi juicio, al posible interrogante que algún lector pudiera hacerse sobre la conveniencia de realizar el comentario conjunto de ambos trabajos.

S. R. Simms reconoce una triple pretensión: reivindicar la necesidad de un marco teórico explícito, sólido y coherente previo al inicio de investigaciones concretas; defender la idoneidad de las teorías materialistas y, en concreto, de la ecología conductista para el estudio de la Prehistoria y, por fin, ejemplificar las posibilidades de conocimiento del pasado que se abren desde esa óptica en un caso concreto, como es el análisis de los grupos cazadores-recolectores del principio del Holoceno en la Gran Cuenca americana.

La obra editada por Balaam, Levitan y Straker se limita, por su parte, a presentar una serie de análisis, datos empíricos y conclusiones parciales sobre el paleo-ambiente del Suroeste de Inglaterra

desde la Prehistoria hasta época medieval, en relación en ocasiones con la localización de yacimientos arqueológicos en la zona. Debe reseñarse que muchos de los artículos han sido realizados por geógrafos (K. Cabtree, M. Bell, L. Heathwaite, D. Maguire...) o paleontólogos (J. Coy, B. Noddle), por lo que muchas veces no se trata de estudios arqueológicos propiamente dichos. La suma de los trabajos ofrece, sin duda, una valiosa aportación informativa a cuantos investigadores se interesen por la zona de referencia —moluscos, turberas, especies de animales salvajes y domesticadas halladas en los conjuntos arqueológicos, etc.—, pero su carácter regionalista y exhaustivamente descriptivo impide que los resultados puedan ser de utilidad para otros fines. Los datos que integran algunas de las aportaciones están, además, basados en recopilaciones bibliográficas, dada la escasez de excavaciones en la zona, lo que obliga a los autores a reconocer la provisionalidad de sus conclusiones en dichos casos. En cambio, datos experimentales casi en su totalidad integran el último artículo, en el cual se dan a conocer los resultados de los trabajos arqueológicos y paleoambientales realizados en 1983 y 1984 por la Central Excavations Unit (CEU) en los yacimientos prehistóricos y romano-británicos de Westward Ho!, en Devon. Coincide, no obstante, con los anteriores en el tono exclusivamente descriptivo, lo que evita que el interés pueda alcanzar algo más que a los procedimientos de análisis empleados o a los resultados concretos en la zona.

Debe decirse, para concluir el comentario de esta obra, que parte de su objetivo y, en consecuencia, de su mérito, reside precisamente en realizar una llamada de atención sobre la riqueza bioarqueológica e interés de la zona sudoccidental inglesa, tradicionalmente desatendida por los organismos oficiales, centrados en Londres. Desde este punto de vista, la obra cumple sobradamente su objetivo, ya que por un lado muestra la riqueza y por otro demuestra, como decía, algunas deficiencias documentales en buena prueba de la falta de atención administrativa y de concesión de presupuestos de investigación de la que se quejan sus autores.

La obra de S. R. Simms presenta, a diferencia de la anterior, un interés que trasciende con mucho al de sus resultados concretos. Constituye un trabajo de casi obligada lectura para quien pretenda conocer en profundidad la alternativa que para la investigación prehistórica supone el modelo materialista de la ecología conductista. Simms tiene el acierto de no limitarse a desarrollar una aplicación concreta de tal concepción teórica —cosa que por otro lado realiza exhaustivamente—, sino que dedica los dos primeros capítulos (de los siete y un apéndice de que consta la obra) a analizar en profundidad las bases teóricas fundamentales sobre las que se asienta el modelo concreto de forrajeo óptimo a utilizar (cap. 2) y las características concretas de éste (cap. 3). Sólo una vez establecido el marco teórico desde el que se va a actuar presenta las cuestiones específicas que deben atenderse, las condiciones ambientales y la secuencia prehistórica tradicional de la Gran Cuenca, así como una discusión sobre el nivel (generalizador/particularista) al que debe desarrollarse la discusión (cap. 4). De este modo pasa a introducir todos los datos empíricos necesarios para la aplicación del modelo (cap. 5) y a comentar las posibles aplicaciones a que tales datos conducen (cap. 6). Reserva el último capítulo (cap. 7) para una síntesis general del trabajo en la que se destacan las posibilidades de investigación que, a juicio del autor, presenta la ecología conductista.

Una vez establecido el orden del trabajo, guiado como se ve por escalas crecientes de concreción y, en consecuencia, con enorme coherencia y solidez interna, me gustaría resaltar una serie de cuestiones.

En primer lugar, los fundamentos teóricos del trabajo se retrotraen hasta el punto de discutir el concepto de evolución y la idoneidad de su aplicación en los modelos materialistas. La conclusión a la que llega Simms es que las explicaciones materialistas culturales del cambio cultural —las más productivas hasta el momento a su juicio— han hecho una mala utilización del concepto evolución, lo que las ha incapacitado para explicar la causación última y, por consiguiente, para comprender la configuración particular de cada cultura. El problema reside en que en Antropología se ha aplicado mayoritariamente el concepto de evolución de Spencer y no el de Darwin, siendo ambos radicalmente diferentes: la evolución es progresiva y gradual para el primero, mientras que el segundo la contempla como la preservación diferencial de formas variables. En consecuencia, el primero pretendió organizar las sociedades en estadios tipológicos, mientras que el segundo intentó explicar

la diversidad y la variabilidad, jugando para él un papel esencial el concepto de selección. No basta, por tanto, describir qué contribución hace una forma particular —organismo, comunidad ecológica o «cultura»— a un sistema, sino que es necesario explicar cuáles son las *condiciones de selección* que determinan la prevalencia diferencial de las formas. En ello residen las diferencias entre el materialismo cultural o ecología cultural, descriptiva en su opinión, y la ecología evolucionista o conductista, explicativa. El autor afirma que «la evolución darwiniana no es sólo una declaración de cómo funciona el mundo orgánico, centrándose en la variación y el proceso, sino que es, además, una *estrategia* de investigación» (pág. 100). Y en ella se basa el modelo de la dieta óptima, una de las formas de explicar la variabilidad del comportamiento humano dentro de la ecología conductista. Se fundamenta en la asunción de que una toma de decisión animal se orientará hacia la eficiencia en la adquisición de alimento como resultado de presiones selectivas evolutivas. Ello permite predecir el comportamiento del animal bajo ciertas condiciones en la medida en que éstas afecten a la eficiencia relativa de varias alternativas de comportamiento. La eficiencia se mide como una función rendimiento/coste para cada recurso, en cada circunstancia.

La refutación de alguna de las predicciones conducirá a la búsqueda de otros factores causales —por ejemplo, las semillas tienen un rango muy bajo de eficiencia, pero son almacenables, lo que explica parte del comportamiento de los grupos que las recolectan y, en consecuencia, otros muchos aspectos de su cultura. Esto es: «estos modelos no se usan para probar directamente la selección natural o el forrajeo óptimo sino que, a la vista del éxito o fracaso de las asunciones previas, filtran progresivamente lo que es importante en la toma de decisiones de un forrajeador» (pág. 84).

Se han conseguido importantes predicciones, especialmente acerca del comportamiento de animales no-humanos y últimamente se están realizando, según el autor, entre los grupos humanos cazadores-recolectores (en el último capítulo se discute brevemente su aplicabilidad a poblaciones productoras de alimentos). Esto le lleva a insistir en otra de sus principales preocupaciones: contribuir a derribar las fronteras tradicionalmente establecidas entre los humanos y el resto del mundo orgánico, como muestra de fidelidad y coherencia con la teoría evolucionista.

El trabajo empírico que le sirve de ejemplo está perfectamente estructurado, justificándose la necesidad y contribución al resultado final de cada uno de los pasos del proceso. Cuenta además con buenas bases documentales y con participación experimental del autor en la investigación de los factores que constituyen el coste y el rendimiento de cada uno de los recursos —tiempos de búsqueda, de obtención, de manipulación, etc. del producto animal o vegetal, energía que proporciona, etc.—.

En suma, el trabajo de S. R. Simms representa, a mi juicio, una importante aportación al panorama de las opciones con que actualmente contamos para la investigación prehistórica. Independientemente del acuerdo o desacuerdo que sus presupuestos teóricos puedan suscitar —aunque se separe del materialismo cultural no deja de reflejar un fortísimo determinismo materialista— constituye una obra sólida, de gran coherencia interna y, lo que es además de agradecer, tremendamente didáctica.

ALMUDENA HERNANDO GONZALO

Dpto. de Prehistoria. Facultad de Geografía e Historia.
Universidad Complutense. Madrid

MICHELE DUPRE OLLIVIER: *PALINOLOGIA Y PALEOAMBIENTE. Nuevos datos españoles. Referencias.* Servicio de Investigación prehistórica. Serie de Trabajos Varios nº 84. Diputación Provincial de Valencia 1988. 160 pp. 6 figs, XVI láminas.

Ha sido una magnífica idea por parte del Servicio de Investigación Prehistórica, el publicar tesis doctorales de temas complementarios a los datos estrictamente arqueológicos. Este es el caso de la tesis de M. P. Fumanal sobre sedimentología, o de la que ahora nos ocupa, la de M. Dupré.

Se trata de una publicación dividida en siete apartados, en los que, partiendo de una presentación de los yacimientos que la autora ha analizado personalmente, y que están localizados en la región mediterránea y en la cornisa cantábrica, pasa por una revisión de la historia de esta Ciencia, la metodología usada para análisis de sedimentos arqueológicos, tanto en los tratamientos químicos más utilizados por los diferentes laboratorios, como en los pasos posteriores a estos, es decir, el estudio microscópico, el establecimiento de diagramas y, sobre todo, los pros y contras que este tipo de estudio tiene cuando se aplica a depósitos que, como arqueólogos, estamos interesados en realizar, junto a la interpretación que de estos pueda deducirse. En este sentido hace eco de los comentarios que a este respecto han vertido los palinólogos europeos que, en algún momento, han abordado el análisis polínico de sedimentos arqueológicos.

El capítulo IV está dedicado a señalar los caracteres ecológicos de los taxones más frecuentes localizados en los análisis que la autora ha realizado, tanto arbóreos, arbustivos y herbáceos, así como los caracteres morfológicos de sus pólenes y su modo de transporte. Esto es muy útil para aquellos lectores que se introducen en la Botánica desde conocimientos ajenos a ella, caso bastante frecuente entre los arqueólogos.

Tras un capítulo de encuadre geográfico y geomorfológico de las regiones en las que están enclavados los yacimientos por ella analizados, pasa en el capítulo VI al análisis particularizado de cada uno de ellos, comenzando por los de la zona mediterránea, aportando en todos ellos una buena información complementaria, tanto arqueológica como de análisis sedimentológicos y faunísticos. Los análisis comprenden una etapa desde el final de Pleistoceno (Mallaetes y Calavares) hasta el final del Holoceno (Sumidors, Cova de l'Or, Ereta, Alcudia de Veo y Puntal dels llop), abarcando diferentes fases culturales, en yacimientos, tanto en cueva como al aire libre. En la cornisa cantábrica los análisis realizados se enmarcan en el final del Pleistoceno (Ekain y Amalda) y el Holoceno (Mata del Casare y Piedrafita), concluyendo el estudio de estos cuatro yacimientos con un análisis global del Norte de España durante estos períodos.

El capítulo VII, el más extenso, dado su contenido, está destinado a revisar los datos publicados en la región mediterránea, siendo estructurado, como la autora indica, siguiendo un criterio cronológico y de áreas geográficas.

Está claro que recoger todos estos datos es una labor de muchas horas de revisión bibliográfica, y es una buena síntesis que sirve de referencia. Quizá podrían haberse separado los datos procedentes de turberas de los de yacimientos arqueológicos puesto que la deposición y el modo de transporte polínicos en unos y otros es fundamental a la hora de hacer consideraciones en torno al medio próximo a ambos depósitos. Hubiera sido igualmente interesante en este capítulo, puesto que la tarea más pesada ya estaba hecha, comparar los datos de España con los de áreas próximas, ya que a primera vista parece que los taxones arbóreos españoles son más escasos que en el resto de la región mediterránea.

Una buena lista bibliográfica, tanto española como europea, junto a diversas fotografías de yacimientos, paisajes y pólenes, completan un magnífico trabajo, útil para los que creemos en la Palinología como medio de comprensión de algunos aspectos del pasado del hombre.

PILAR LOPEZ

Dpto. de Prehistoria del Centro de Estudios Históricos
(C.S.I.C.). Madrid.

BEYRIES, SYLVIE (1987): *Variabilité de l'industrie lithique au Moustérien. Approche fonctionnelle sur quelques gisements français*. B. A. R. International Series 328, Oxford, 203 pp. ISBN 0-86054-421-4.

Cuando los trabajos de L. H. Keeley comenzaron a divulgarse entre los paleolitistas europeos a mediados de la década pasada, muchos de ellos pensaron que por fin se había descubierto la clave para desvelar el gran enigma de la funcionalidad de los útiles líticos, herramienta esencial para ir más allá de las conjeturas tipologistas en la reconstrucción de los asentamientos prehistóricos. Aunque la falta de medios impidió a numerosos centros de investigación dedicarse a este tema, el panorama resultó lo suficientemente atractivo como para que se formasen varios grupos de investigadores que continuaron la tarea de Keeley. Un país en el que esta iniciativa arraigó profundamente fue Francia, donde jóvenes especialistas como P. Anderson, E. Mansur o H. Plisson han incorporado los análisis traceológicos a los estudios sobre tecnología lítica. Este nuevo número de los BAR presenta ahora la Tesis de tercer ciclo de otra de las representantes de este núcleo francés, S. Beyries, cuyas publicaciones en el campo de la traceología son ya conocidas desde hace años. En esta ocasión, sin embargo, se trata de presentar una contribución de más envergadura, explícitamente centrada en el problema del significado de la variabilidad industrial del Musteriense.

El trabajo en cuestión está dividido en tres partes, bastante breves, seguidas por un voluminoso apéndice. En la primera, dedicada al planteamiento metodológico, se expone de modo somero el debate sobre las facies musterienses, restringido enseguida al enfrentamiento de las opciones clásicas defendidas respectivamente por L. Binford y por F. Bordes. Esta introducción permite a Beyries formular el objetivo concreto de su proyecto: contrastar la hipótesis funcional del investigador americano comprobando si en el Musteriense existe alguna correlación entre tipología y función, entre función y facies industrial o entre disponibilidad de materia prima y variabilidad lítica. En última instancia, Beyries pretende examinar las posibilidades que ofrecería la creación de una verdadera tipología funcional aplicable al caso del Musteriense. Para llevar a cabo este proyecto se decanta, tras un breve repaso historiográfico acerca de las técnicas existentes para el estudio de las huellas de uso en el material lítico, por el método de Keeley, basado en el examen de los micropulidos presentes en los bordes de los instrumentos y estudiados solo con microscopio de muchos aumentos (mayor de 100x). Esto no implica un rechazo absoluto del otro método común en traceología, que como se sabe fue el utilizado por S. A. Semenov en sus trabajos pioneros y que se centra en el examen de las estrías y los pequeños desperfectos que presentan los filos de los útiles —visibles con lentes de bajo aumento—, ya que es utilizado en una primera fase del análisis y su principal utilidad

es determinar la dirección en la que ha trabajado el instrumento y por tanto el gesto ligado a su función.

La segunda parte del estudio expone los yacimientos seleccionados para la aplicación experimental, las características de cada colección y los resultados obtenidos en cada una de ellas. El material analizado procede de Corbehem (Pas de Calais), del nivel 8 de la Grotte Vaufrey (Dordoña) y de la Grotte du Renne (Arcy-sur-Cure), pertenecientes al Musteriense Típico de la clasificación de Bordes, así como del nivel 13 de Combe Grenal (Dordoña), que es Musteriense de Denticulados, del nivel 10 de Marillac (Charente), perteneciente al tipo Quina, y del conjunto I de la Grotte de Pié-Lombard (Alpes-Maritimes), clasificado a su vez como Musteriense Típico rico en raederas. Esta selección es considerada por Beyries como suficiente para controlar tanto las variaciones existentes entre yacimientos de contextos arqueológicos distintos como entre facies industriales diferentes; la presencia de un grupo notable de niveles atribuidos al Musteriense Típico permite, por último, controlar estas mismas variables funcionales dentro de una misma facies.

La discusión de los resultados se plantea en la tercera parte del estudio. Sintéticamente estos son los siguientes:

1. No existe una estricta vinculación entre la presencia de huellas de uso y los tipos reconocidos como utensilios típicos: de hecho hasta un 40 % de los útiles retocados no tienen huellas de uso, mientras que un porcentaje variable de las piezas consideradas como desechos de talla sí las presentan.

2. Las materias manipuladas en cada uno de los conjuntos observados son muy homogéneas. En todos ellos predominan las huellas atribuidas al trabajo de la madera, mientras que la piel, la cuerna de los cérvidos, el hueso y la carne son siempre escasos o inexistentes. Esta conclusión es muy relevante porque muestra una incidencia realmente baja de los trabajos relacionados con el despiece de animales dentro de las ocupaciones musterienses muestreadas.

3. Por lo que respecta a la vinculación entre tipología y función, todos los repartos estadísticos muestran comportamientos anárquicos, salvo tal vez las muescas y el trabajo de madera que parecen tener una leve correlación. Eso significa que los útiles musterienses más característicos (raederas, denticulados...) son funcionalmente similares y polivalentes.

4. Como resultado de estas consideraciones se puede rechazar la tesis de Binford, ya que las facies no responden a especializaciones de carácter funcional. Indirectamente esta conclusión apoya la hipótesis bordesiana de que la variabilidad industrial detectada en el Musteriense es debida a tradiciones culturales distintas.

5. Finalmente, Beyries examina la falta de relación que existe entre tecnología-forma-función, lo que permite afirmar que la elaboración de una tipología funcional carece todavía de sentido.

Como ya se ha dicho más arriba, el libro se completa con un grupo de anexos que ocupan la mitad del volumen y cuya función es bastante superflua, puesto que el primero consiste en la lista tipológica de Bordes, ya sobradamente conocida, y el tercero es una relación de los varios centenares de piezas analizadas en el estudio, acompañadas de unas someras descripciones que tienen poca utilidad para otros investigadores.

En principio resulta difícil enjuiciar esta publicación porque está planteada como un verdadero informe de laboratorio, claro y bien estructurado pero con un estilo tan conciso que cae en ocasiones en el laconismo. Esto evoca estrechamente la literatura técnica de otras disciplinas en las que conceptos y procedimientos, en un determinado momento, están tan estandarizados que no necesitan ser discutidos y analizados en cada publicación puesto que toda la comunidad de especialistas los conoce sobradamente y no los pone en duda. En el campo de la traceología creo sin embargo que, una vez pasado el triunfalismo eufórico de hace unos años, esto es ir demasiado lejos y en este sentido el trabajo de Beyries adolece de importantes omisiones que permiten poner en duda toda la verosimilitud del ensayo. No se trata ya de que no haya ni una sola referencia al problema esencial de la Traceología, que es determinar cual es el proceso fisicoquímico de formación de las huellas de uso y si dichas huellas pueden ser borradas, alteradas o reproducidas por procesos

naturales, sino que ni siquiera se describen cuales son los criterios descriptivos que Beyries ha encontrado en la colección comparativa, que con seguridad habrá fabricado experimentalmente, y que en definitiva le permiten discernir entre aquellos filos que han cortado carne y aquellos que han raspado madera. Si se tiene en cuenta la amplia discusión que merecen ambos aspectos en otros trabajos similares, como por ejemplo el de E. H. Moss, publicado también en los BAR (1), se comprende que no se trata de problemas superados, sino de temas de investigación que suscitan animadas controversias, ya que además su estructuración determina la credibilidad de los resultados. Esto hace más incomprensible su ausencia en la publicación de Beyries.

Dejando a un lado los aspectos metodológicos, pese a ser decisivos en este caso, y entrando ya en las aportaciones reales del trabajo, lo que más llama la atención del mismo es la estrecha semejanza que presenta con otros anteriores (2), tanto en el planteamiento de objetivos como en los resultados obtenidos. No es por tanto una novedad que la hipótesis funcional pueda ser rechazada como causa de la variabilidad industrial del Musteriense en base a los análisis de huellas de uso, sino que se trata de una idea aceptada con bastante anterioridad al trabajo de Beyries. Su mayor mérito, por tanto, reside en haber corroborado experiencias anteriores con nuevos análisis sobre un material relativamente numeroso.

LUIS GERARDO VEGA TOSCANO

Dpto. de Prehistoria. Facultad de Geografía e Historia.
Universidad Complutense. Madrid.

(1) E. Moss (1983): *The Functional Analysis of Flint Implements. Pincevent and Pont d'Ambon: two case studies from the French Final Palaeolithic*, «B. A. R. International Series» nº 177, Oxford, 249 pp.

(2) Esta similitud es notable en el caso de las primeras investigaciones emprendidas por P. Anderson, tal y como fueron interpretadas por F. Bordes en *Vingt-cinq ans après: le complexe moustérien revisité*, «Bull de la Soc. Préhist. Française», 78 (1981), pp. 77-87.

BARTON, C. MICHAEL (1988): *Lithic Variability and Middle Paleolithic Behavior. New evidence from the Iberian Peninsula*. B. A. R. International Series 409, Oxford, 129 pp. ISBN 0-86054-524-5.

Michael Barton, alumno de Arthur J. Jelinek en la Universidad de Arizona, presenta en este volumen los resultados de un trabajo emprendido entre 1984 y 1987 sobre algunos aspectos del Paleolítico Medio Peninsular. Pese al subtítulo de la publicación no se trata realmente de dar a conocer nuevas evidencias del mismo, sino más bien de realizar nuevos análisis sobre viejos materiales, tal y como se verá a continuación.

El trabajo consta de cinco capítulos y tres breves apéndices. En el primer capítulo se expone una introducción a nivel muy general sobre el Pleistoceno Superior del noroeste mediterráneo, sus ámbitos bioclimáticos actuales y los estudios sobre Paleolítico Medio que han tenido lugar hasta la fecha. El final del mismo es una presentación del proyecto de Barton, quien, mediante el análisis de la variabilidad morfológica de los bordes de los instrumentos líticos a varios niveles, pretende realizar una especie de tipología «estadística» (*sic*) que le permita interpretar dicha variabilidad en términos de conducta humana.

El segundo capítulo está dedicado al contexto arqueológico de los conjuntos en los que se ha aplicado este ensayo. El material analizado procede de los dos yacimientos principales de Gibraltar (Gorham's Cave y Devil's Tower), excavados respectivamente por J. d'A. Waechter en los años cincuenta y por D. A. E. Garrod en los años veinte, y de dos abrigos situados en los alrededores de Alcoy (la Cova del Salt y la del Pastor), excavados también hace años por grupos locales. En ambos casos se examinan los datos conocidos acerca de cada yacimiento y se los sitúa cronológicamente dentro de los estadios isotópicos correspondientes al Pleistoceno Superior (fases 5e-2 de Emiliani).

En el capítulo siguiente se exponen los detalles del tipo de análisis efectuado. Este se restringe a las piezas retocadas de cada conjunto y consiste en la descripción de varios tipos de atributos. Un grupo de ellos (procedencia, dimensiones generales, materia prima, n.º de la lista de Bordes...) puede considerarse convencional en los estudios sobre Paleolítico Medio, mientras que otro, referido al estudio de los bordes de las piezas, retocados o no, suponen la principal aportación de Barton. Dentro de este segundo grupo de atributos se describen la extensión y la profundidad de los retoques, los ángulos de cada borde, la morfología resultante (en términos cuantitativos) y los reavivados. El objetivo de este tipo de análisis reposa en la esperanza de encontrar correlaciones estadísticas entre algunos de los parámetros examinados.

Los datos numéricos obtenidos en las colecciones estudiadas se exponen, mediante tablas y gráficos, en la primera parte del capítulo cuarto. A continuación se propone un ajuste metodológico que permite controlar algunas de las variables más significativas para el autor (longitud de los útiles, profundidad, ángulo y recurrencia del retoque, porcentaje de piezas retocadas...) en aquellas colecciones que se han publicado mediante sistemas convencionales (esencialmente el método Bordes), para de este modo proceder a hacer algunas observaciones sobre otros yacimientos de la

fachada mediterránea española no estudiados directamente por él (Cova Negra, Cochino, Pechina, Zájara I, Carihuela...). Los resultados obtenidos en este capítulo pueden resumirse en los siguientes puntos:

1. La mayor parte de los parámetros controlados por Barton presentan variaciones continuas con distribuciones muestrales próximas a la normal. Esto quiere decir que toda la variabilidad observada es prácticamente aleatoria y no demuestra ningún sesgo o tendencia explicable por causas culturales.
2. La distribución de algunas combinaciones de parámetros en los bordes de los instrumentos sugiere que la morfología final de los mismos es más el resultado de reutilizaciones, avivados y reaprovechamientos que su adecuación a una idea previa estricta.
3. El autor afirma que existen componentes de variación regional y temporal en algunas variables morfológicas.

El último capítulo del trabajo se dedica a hacer un repaso bibliográfico acerca de la variabilidad lítica como síntoma de la conducta humana, basada en tres causas tradicionales: estilo, función y tiempo. Posteriormente Barton pasa a sugerir, en base a la evidencia examinada en los capítulos anteriores, otras potenciales fuentes de variabilidad: disponibilidad de materia prima, intensidad de utilización de los instrumentos, variabilidad en las actividades desarrolladas en cada asentamiento, intensidad de las ocupaciones o adaptación a diferentes ambientes. Como se sabe, todas estas alternativas han sido ya propuestas y argumentadas por otros autores como N. Rolland, H. Dibble o C. Gamble, por lo que Barton se limita a examinar la viabilidad de cada uno de estos modelos en el caso de los yacimientos españoles, sin llegar a rechazar ninguno de ellos.

El volumen se completa con tres breves apéndices en los que el autor expone de modo sintético las características técnicas de la ficha utilizada en sus análisis. Es de alabar que todos los datos obtenidos se pongan a disposición de otros investigadores en diskettes de 5 1/4, formato MS-DOS, grabados en ficheros ASCII convencionales.

La valoración de este trabajo en el contexto del Paleolítico Medio peninsular está fuertemente condicionada por su fecha de publicación, ya que se trata de una obra que de haber aparecido hace diez años hubiese tenido un notable peso específico, pero que en la actualidad presenta serias limitaciones. Las más importantes proceden si duda del notable avance que han experimentado en la presente década los trabajos sobre el Pleistoceno Superior Ibérico, considerado en todos sus aspectos, y que Barton pasa por alto cuando, por ejemplo, solo utiliza los discutibles trabajos de K. Butzer para fijar la cronología de los yacimientos gibraltareños, sin tener en cuenta las últimas síntesis sobre el Tirreniense peninsular que prácticamente invalidan sus conjeturas. Lo mismo podría decirse respecto a la omisión de los trabajos de M. P. Fumanal y M. Dupré sobre el Pleistoceno valenciano o de las nuevas investigaciones desarrolladas en Andalucía, algunos de cuyos yacimientos más importantes como Cueva Horá o el Boquete de Zafarraya ni siquiera son citados en el texto. Teniendo en cuenta este factor, el dar a conocer algunos materiales inéditos (1) no es especialmente relevante para el Paleolítico Medio mediterráneo.

El aspecto en el que hay que buscar la principal utilidad de este trabajo es si duda en el de las sugerencias a nivel teórico, punto en el que todos los investigadores norteamericanos muestran una gran fertilidad que generalmente se echa de menos en los proyectos que se realizan en nuestro país. En este sentido la aportación de Barton, claramente derivada de los análisis efectuados por A. Jelinek sobre Tabun, supone un interesante elemento de reflexión acerca del verdadero significado de las tipologías en el material lítico, cuya discusión participará posiblemente en la creación de las técnicas descriptivas del futuro.

LUIS GERARDO VEGA TOSCANO

Dpto. de Prehistoria. Facultad de Geografía e Historia.
Universidad Complutense. Madrid.

(1) Muy pobres por cierto. De Gorham's Cave solo se estudian en este trabajo 95 piezas (procedentes sobre todo de los niveles G, K y M), de Devil's Tower un total de 45 —a repartir entre 6 niveles principales—, 908 de la Cova del Salt y 45 de la del Pastor. Hay que señalar que V. Villaverde ya había publicado materiales de estos dos últimos yacimientos con lo que no pueden considerarse precisamente inéditos.

BAHN, PAUL G. & VERTUT, JEAN, *Images of the Ice Age*. London. Windward, 1988. 240 pp., 122 láms. y 2 mapas. ISBN: 0-7112-0492-6.

Este libro merecería una reseña sólo por la excelente calidad de las fotografías, debidas en su mayoría a la indudable y reconocida maestría de Jean Vertut, uno de los autores a título póstumo de la obra. Sin embargo, y a pesar del título, esta obra es algo más que una bella colección de «Imágenes de la Edad del Hielo».

El tema del arte paleolítico ha sido objeto durante estos últimos años de numerosos estudios dentro y fuera de nuestras fronteras hasta tal punto que resulta difícil pensar que se pueda decir algo nuevo sobre el tema. En este sentido, el texto de Paul Bahn resulta novedoso posiblemente por su estilo en absoluto convencional, así como por la claridad y espíritu crítico con que se plantean los distintos apartados de esta obra y en particular determinadas cuestiones, como la objetividad de las reproducciones o los sistemas de interpretación de las representaciones. Este trabajo de síntesis es a su vez una excelente puesta al día sobre el arte paleolítico a la que se incorporan los nuevos métodos de registro, últimos sistemas de clasificación cronológica, así como las más recientes teorías interpretativas entre otros.

Tras un breve prefacio del conde R. Begouën y un prólogo del propio autor se introduce al lector en lo que debía de ser la vida del hombre paleolítico en las cuevas durante el Pleistoceno Superior. Esta rápida «ojeada» al mundo de las cavernas, basada en datos de algunos de los complejos kársticos mejor documentados —Lascaux, Tuc d'Audoubert, o Fontanet— permite conocer algunos aspectos paleoetnográficos de gran interés. Así, por ejemplo, se sabe que acondicionaban la zona de habitación mediante la instalación de cantos o plaquetas para evitar la humedad, o la utilización de andamios y escaleras para facilitar la realización de determinadas figuras.

La historia de los distintos descubrimientos y su valoración es siempre un tema que no puede faltar en una obra de esta categoría y que en este caso se aborda con el detalle y precisión que merece este tipo de revisión historiográfica.

Un acierto de este estudio es, sin duda, contemplar el arte paleolítico en su contexto mundial y considerarlo como algo más que un fenómeno europeo, ya que si bien Europa es el continente donde existe una mejor representación —tanto en número como en calidad— de manifestaciones artísticas, también es cierto que el arte paleolítico se conoce desde América hasta el Lejano Oriente, y en él se incluyen hallazgos como los de arte mueble de varios yacimientos africanos —por ejemplo los fragmentos de piedras pintadas de la cueva Apollo 11 en Namibia— y sobre todo los importantes conjuntos rupestres australianos, que tan bien conoce el autor.

Un tercer capítulo plantea la problemática de las copias o calcos de las obras de arte, y revisa los numerosos métodos empleados a lo largo de la Historia. El más frecuente es la copia directa, ampliamente desarrollado por el abate Breuil, pionero en la reproducción e inventario del arte paleolítico. Este método tiene, sin embargo, un grave inconveniente, el daño irreparable que sufren las figuras, sobre todo en el caso de la pintura rupestre y también de muchas obras de arte mueble, donde la fragilidad e incluso mal estado de conservación del soporte desaconsejan cualquier tipo de contacto con estas superficies. Actualmente este método está prácticamente desechado, precisamente por los riesgos a los que se exponen las obras de arte y se utiliza el calco a distancia con acetatos o diferentes soportes plásticos. Recientemente, y como consecuencia del gran desarrollo tecnológico de estos últimos años, la metodología de reproducción del arte paleolítico ha sufrido un importante avance. En este sentido hay que destacar el inapreciable papel que ha jugado la fotografía, y sobre la que se hace especial hincapié en esta obra. Pero el aspecto más relevante es, sin duda, la cuestión de la objetividad de estas copias, en las que se ha comprobado la necesidad de incluir todos los trazos o accidentes naturales (los «traits parasites» de Breuil), es decir el contexto, tenga o no sentido, aparentemente, dentro de la representación. Con este procedimiento se pretende ofrecer una imagen más fidedigna de la realidad y subsanar en la medida de lo posible la subjetividad que comporta todo calco o copia de una obra de arte paleolítico.

Se plantean a continuación algunos problemas relativos a la cronología y a los distintos sistemas de clasificación, en los que se peca con demasiada frecuencia de excesiva rigidez, de ahí que el autor abogue por la adopción de un esquema más flexible. No obstante, creemos que este es uno de los puntos más difíciles de solventar en la investigación del arte paleolítico, y prehistórico en general.

El quinto capítulo de este libro aborda las distintas formas y técnicas del arte que han llegado hasta nuestros días, a partir no sólo del soporte y técnicas empleadas sino teniendo en cuenta además la mayor o menor complejidad de la obra. Este tipo de ordenación o estructuración resulta de una gran utilidad por la coherencia y sentido lógico de su planteamiento, así como por la claridad con que se expone. En este mismo apartado se incluyen una serie de conjuntos, que se revelan cada día más numerosos, y que contradicen en cierta manera la idea que se tenía hasta el momento del arte paleolítico como el arte de las cuevas. Se trata de los conjuntos rupestres al aire libre, de los que se han realizado importantes hallazgos estos últimos años en la Península Ibérica y en otros puntos de Europa Occidental.

Tras el análisis de la temática del arte paleolítico (cap. 6) se plantea una de las cuestiones más sugestivas y problemáticas de la Prehistoria: la lectura e interpretación de estas manifestaciones artísticas (cap. 7). Se examinan las diferentes teorías, desde las primeras propuestas del «arte por el arte», la «magia de la caza» o «de la fertilidad» hasta las interpretaciones de Laming Emperaire y Leroi-Gourhan; por supuesto se hace referencia también a algunas hipótesis e ideas más recientes: vinculación de algunas cuevas decoradas con fuentes termales y un posible «culto al agua», escasez de auténticos artistas durante el Paleolítico, y la lectura de algunos signos como anotaciones de fases lunares o simples medidas del paso del tiempo y como marcadores étnicos o diferenciadores de grupos. En algunos casos se ha considerado también este fenómeno asociado a ciertos actos conmemorativos como serían los «ritos de iniciación», o bien las grandes reuniones o concentraciones de varios grupos o clanes que tenían lugar con cierta periodicidad en determinados asentamientos, y que explicaría la mayor abundancia de obras (parietales y/o muebles) en ciertos yacimientos que posiblemente tendrían un carácter preponderante.

Por último, sólo nos queda recomendar la lectura de esta obra que por su planteamiento general y agilidad de estilo está dirigida a un amplio público, desde el aficionado o estudioso hasta al amante del arte y por qué no al especialista deseoso de una visión crítica y actualizada del arte paleolítico.

CARMEN CACHO QUESADA

Sección de Prehistoria. Museo Arqueológico Nacional.
Madrid.

E. PIETTE: *Histoire de l'Art primitif*. Precedé de «Piette, pionnier de la Préhistoire» par H. Delporte. Col. Les classiques français de l'Histoire de l'Art. Ed. Piccard. Paris, 1987.

Bajo este título se reúnen los textos más significativos de Piette sobre el Arte prehistórico, como «Hiatus & lacune» y «Notes pour servir à l'Histoire de l'art primitif», alguno de ellos en colaboración con J. de la Porterie, como «Les fouilles de Brassempouy en 1894».

Se añaden a éstos, otros textos sobre yacimientos excavados por Piette, como el de J. Virmont y G. Pinçon «Le gissement de la grotte de l'Elephant à Gourdan Polignan» y un texto, incluido por vía de citación, original de J-P. Mohen sobre el monumento de L'Hallade.

El objetivo de la obra es el de revisar con todo cuidado los principales aspectos de la labor de Piette y en particular el de su aportación al arte prehistórico, ilustrándolo con una biografía, que ayude a situar la tarea en un contexto realista.

H. Delporte es el autor de una biografía cuidadosa y limpia, cuyos datos en buena parte están tomados de la correspondencia y papeles de Piette, que guarda el Museo de Antigüedades Nacionales de Saint Germain-en-Laye. Como es natural, la biografía toma partido por el personaje, cuyas cualidades de todo género han atraído al biógrafo a la comprensión siempre y muchas veces a la alabanza. Es el esfuerzo de un hombre, ajeno al terreno de la filosofía y las letras, que construye para Francia y para todo el mundo una buena parte de los fundamentos de la Prehistoria, lo que ha emocionado a Delporte. El biografado se presenta ante su biógrafo como un hombre sincero, valeroso, muchas veces rígido e incluso vanidoso. En el campo de lo estrictamente científico, Delporte valora la capacidad de observación, el juicio razonado, la rapidez de la publicación y este acervo de virtudes le permite disculpar lo que de apresurado unas veces, de desconcertante otras e incluso contradictorio alguna, presentan sus escritos. El biógrafo comprende que un pionero de la Prehistoria necesite revisar sus clasificaciones constantemente y a la vista de los yacimientos que excava. También comprende que la nomenclatura deba cambiar al hilo de nuevas formulaciones, pero entiende que más que un defecto resulta una necesidad y un apoyo básico para completar y, si hiciera falta, rectificar lo que nuevos descubrimientos demuestran equivocado. Pero la labor está hecha, el edificio construido.

La comprensión de su personaje lleva a Delporte a discrepar, con un punto de ira, de la posición de H. Breuil, sobre todo la que proyecta en su trabajo «L'évolution de l'Art quaternaire et les travaux d'Edouard Piette» (1909) y que parece el origen de una lamentable tradición de crítica implacable al pionero. Quizá el hecho de que la crítica de H. Breuil a Piette resulte en parte de no

haber sabido situar al personaje en su verdadero contexto a pesar de haberle tratado y heredado, haya conmovido a Delporte profundamente hasta recordar que la clasificación binaria del Magdalenense de Piette resulte a muchos prehistoriadores actuales más ajustada a la realidad que la de las conocidas seis fases de H. Breuil.

La sistemática dedicación de Delporte al estudio del arte prehistórico no puede ser ajena al hecho de que se haya valorado tanto el trabajo de Piette sobre este arte como para incluir sus escritos en una colección de clásicos franceses de la Historia del Arte. Un repaso por la Historiografía del Arte ayuda a comprender que Piette no ocupa en ella un puesto tan importante como el de su contemporáneo H. Taine o sus ilustres predecesores como Baudelaire o Diderot. Si ha sido colocado entre ellos es porque Delporte aprecia en su biografiado un esfuerzo por arrancar el arte prehistórico de un terreno de sospecha e inseguridad y situarlo con pleno derecho en los orígenes del arte de todos los tiempos. En efecto, a Piette se debe la utilización de conceptos y términos propios de la Historia del Arte (La «escuela» ya está presente en sus escritos) para describir al arte prehistórico. También se le debe el carácter originario de la ornamentación de los instrumentos prehistóricos como fuente de toda decoración histórica. Y, quizá en primer término, se le debe el reconocimiento de que aquellos pequeños objetos, bien distintos de las grandes figuras parietales de Altamira, tenían por derecho propio un lugar en la Historia del Arte.

A nosotros nos satisface esa hermosa defensa que Delporte hace de Piette, a la vez que critica sus evidentes defectos. Nos parece que ella testimonia no sólo la importancia de la obra del pionero sino también la nobleza de espíritu de quien sabe reconocerla y rompe una lanza porque sea reconocida por los demás.

No nos gustaría añadir ningún comentario, que pudiera pasar por crítico. Solamente quisiéramos expresar un sentimiento de nostalgia. Cuando leemos los textos de Piette echamos en falta solamente una descripción más detallada de aquellas obras, que ayudó a comprender. Quizá sea un lamento fuera de contexto, que parezca el mismo reproche que el que Delporte ha criticado en otros sucesores de Piette, pero se nos antoja que la formación jurídica de aquel hombre le colocaba cerca de esta función histórica. Otra cosa habría sido echar de menos en sus trabajos el espíritu de los críticos de arte de su tiempo. Piette coincide con la creación de la tendencia formalista en la Historia del Arte. Es rigurosamente contemporáneo de hombre como Fiedler y como Riegl y en buena parte de Wölflin. Sin duda, la lengua, la distancia, la dedicación fundamental de sus vidas no fueron propicias a que Piette aprovechara en beneficio de sus grandes intuiciones aquel espíritu objetivizador, última base de toda crítica de arte.

Para terminar, nos parecen admirables tanto la obra de Piette como su reconocimiento por Delporte.

JUAN MARIA APELLANIZ

Dpto. Prehistoria e H.^a Antigua. Universidad de Deusto.
Bilbao.

«*Los orígenes del arte en Europa Central*» ALBRECHT, G. BOSINSKI, G. FEUSTEL, R. HAHN, J. KLIMA, B. MÜLLER-BECK, H. J. «*Los comienzos del arte en Europa Central*». Revisión de la edición española por C. CACHO y G. C. WENIGER. Ministerio de Cultura. 1989. Madrid. 123 pp. 153 fotografías y 25 figuras.

La obra constituye el Catálogo de una exposición sobre el tema, organizada por la Dirección General de Bellas Artes y el Museo Arqueológico Nacional con la colaboración del Instituto Arqueológico Alemán en Madrid celebrada en marzo/abril de 1989, exposición que repetía con algunos cambios otra celebrada en Tübingen en 1987.

La obra está traducida al español por los cuidados del Instituto Arqueológico Alemán de Madrid, cuyo castellano es digno de alabanza por su claridad, tecnicismo y fluidez.

Está compuesta de dos partes, de las que la primera constituye una introducción y la segunda el Catálogo de las piezas expuestas.

La introducción consta de seis artículos, obra de reconocidos especialistas centroeuropeos, que exponen la situación de los estudios sobre el tema en la actualidad. Son los siguientes: Müller-Beck, H.-J. «Los comienzos del arte en Centroeuropa»; Hahn, J. «Las primeras figuras: Las representaciones auriñacienses»; Klima, B. «El arte del Gravetiense»; Albrecht, G. «Objetos de arte magdaleniense»; Bosinski, G. «El arte magdaleniense en Renania»; Feustel, R. «El arte glacial en Turingia».

Los artículos coinciden en dedicar una primera parte a la descripción de las circunstancias geoclimáticas del período o región a que se refieren, la cronología correspondiente y las formas de la economía. También coinciden en dedicar buena parte del espacio, dentro de la brevedad de una introducción, al análisis de la función, simbología y significado del arte, que deducen de la situación y características representativas de las piezas. Se presta, sin embargo, una menor atención al estudio del estilo y de sus formas, aunque se cita repetidas veces el difícil argumento de la autoría, el amplio concepto del esquematismo. También coinciden los artículos en considerar el «realismo» de las representaciones como una fuente de información sobre las intenciones simbólicas de los paleolíticos.

Dos de los trabajos están acompañados de fotografías en color, realizadas con excelente técnica. Algunas de ellas, como la que representa el caballo de Vogelherd ha sido ampliada de tal manera que me parece que desfigura las proporciones de la pequeña pieza con una cierta pérdida de su valor estético.

El trabajo de H.-J. Müller-Beck sirve de introducción general al tema de la exposición y de

marco de referencia para los de los restantes autores. El autor repasa la serie completa de sentimientos e ideas que, de acuerdo con la experiencia histórica de la Humanidad, han sido vehiculados por el arte, entendido en un sentido amplio. Recurre varias veces al paralelo de los esquimales de Banks Island (Canadá) para explicar el simbolismo cinegético a través de sus grabados o para establecer comparación entre el arte de los paleolíticos, reflejo de un mundo cerrado en sí mismo y el de los esquimales en contacto con el arte europeo. De esta comparación sale en desventaja el arte paleolítico, porque no tiene aquella fascinadora capacidad de comunicar directamente sus contenidos, que es propia del arte esquimal.

El artículo de J. Hahn concede mayor espacio al análisis de la significación del arte auriñaciense, que deduce del análisis de las formas y actitudes de los animales representados. El autor supone que al elegir la figura del león, se ha querido con ello representar lo más característicos de éste, que es la agresividad. Lo mismo valdría para la figura del caballo, elegido para representar la rapidez, porque es su más notable característica. El mamut, cazado con frecuencia y dotado de una enorme masa alimenticia, lo habría sido precisamente por esta cualidad. Lo mismo cabría deducir de las actitudes. Así, la actitud del pequeño caballo de Vogelherd con su cuello estirado le parece la misma que presentan los sementales y en la que ve el retrato del desafío. Deduce igualmente del sexo de los animales representados que sólo se ha querido representar al mundo del macho. La prueba argumental es que no consta que se representen las hembras. Se deduce también del hecho de que se haya representado una amplia serie de animales fieros (los grandes depredadores, cuya organización fuertemente jerarquizada es conocida), que se ha representado el mundo del macho jerarquizado. Algunos aspectos básicos de la argumentación podrían discutirse, como el de la relación entre los animales objeto de caza y fuente de alimento y sus representaciones parietales o muebles, que resulta ambivalente. Habría también que recordar la imposibilidad de comprender qué se ha querido representar cuando se ha figurado un león, el cual, si bien posee una conocida agresividad, posee otras muchas cualidades susceptibles de ser elegidas para este fin. Recordaríamos la dificultad que experimentaría una persona que desconoce el complicado entramado de la teología católica de la Edad Media si pretendiera descifrar el significado del Tetramorfos, que aparece en tantas catedrales. Por último, recordaría también la dificultad de deducir el sexo de las figuras paleolíticas si se le hace depender exclusivamente de la indicación de los genitales, en particular en los ciervos cuya cornamenta siendo un carácter sexual secundario, resulta el único criterio de atribución sexual en la mayoría o casi totalidad de las representaciones.

El artículo de B. Klima está dedicado casi exclusivamente al análisis del significado y función de arte grevetiense. La interpretación de la relación entre la pequeña cabeza de Dolni Vestonice, la que él llama «máscara» y el cráneo de una mujer enterrada en una tienda aparte en este yacimiento resulta interesante y atractiva. Klima sugiere que se considere la cabeza como un retrato de una mujer de rostro un poco deformado, que sería repetido en una «máscara» y que reflejaría a una mujer que ejerció una función de sacerdotisa («sabia» para los esquimales, según Müller-Beck) en el grupo. La argumentación que sirve de fundamento a la hipótesis me parece digna de ser discutida. La parte izquierda de la cara de la estatuilla parece más corta que la derecha, pero el ojo y sobre todo la parte más importante de la boca están tratados con una notable imprecisión y además se han deteriorado seriamente a lo largo del tiempo, lo que impide dar mucho crédito a su capacidad de reflejar la realidad. Es cierto que existen retratos altamente deformados (recordemos muchos de Picasso y otros autores contemporáneos), pero están incluidos en contextos deformantes, expresionistas y abstractizantes, lo que sería muy difícil de paralelizar con el caso de Dolni Vestonice en sentido estricto. Lo mismo, pero en sentido más estricto cabría decir de la «máscara», que está reducida a cuatro incisiones (ojos, nariz, y boca), aunque también en ella se aprecia el desequilibrio de la parte izquierda respecto a la derecha de la cara. La boca de la cabeza no me parece comparable, por su imprecisión, con la incisión que la representa en la «máscara». Los caracteres formales de ambas piezas son tan similares a los de la estatuaria paleolítica que habría que extender el carácter de retrato más de lo que parece razonable. Y conste que tampoco puede excluirse que haya sido, como sugiere Klima, el primer retrato de la Humanidad.

El artículo de G. Bosinski sigue en buena parte la trayectoria metodológica del de J. Hahn y convierte al realismo de las representaciones en una fuente segura de información acerca del sexo, la especie y la variedad zoológica de los animales. Gracias a esta información se podría saber cómo era la línea dorso-lumbar de los animales, incluso que existía en el Bölling renano una especie de mamuts de colmillos atrofiados. El último intento que conozco de distinguir entre el bisonte «bonasus» y «priscus» en las representaciones paleolíticas, que se debe A. Clot, no ha tenido éxito.

La introducción se cierra con un artículo de R. Feustel, en el que se retoma el tema de la significación del arte, su reflejo cinegético y la fertilidad.

JUAN MARIA APELLANIZ

Dpto. Prehistoria e H.^a Antigua. Universidad de Deusto.
Bilbao.

CORCHÓN RODRÍGUEZ, M. SOLEDAD: *El Arte paleolítico cantábrico: contexto y análisis interno*. Centro de Investigación y Museo de Altamira. Monografía nº 16. Ministerio de Cultura. Dirección General de Bellas Artes y Archivos. Subdirección General de Arqueología y Etnografía. Madrid, 1986. 482 pp., 242 figs., 1 desplegable, (30 × 21).

Continuando con la línea de trabajo que iniciara en su Tesis Doctoral, M. Soledad Corchón retoma en esta obra el estudio de las piezas de Arte mueble paleolítico cantábrico, sometiéndolas a un análisis descriptivo en el que atiende tanto al contexto industrial que las contiene como a las características tipológicas de su decoración.

Así, nos presenta un trabajo estructurado en tres partes. En la primera, «Contexto y evolución del Arte mueble», nos acerca al conocimiento del sujeto mediante un criterio cronológico, comenzando por un repaso de los antecedentes técnicos y manifestaciones anteriores al Paleolítico superior, para analizar seguidamente los distintos momentos culturales en la zona cantábrica, todo ello con el fin de establecer las características de cada complejo industrial así como apuntar aquellos rasgos técnicos y estilísticos que los caracterizan.

En la segunda parte, «Tipología y sistematización del Arte mueble cantábrico», la autora realiza un análisis de la decoración que permita llegar a conocer los motivos artísticos y sus asociaciones temáticas. Esta parte central del trabajo se divide en tres capítulos en los que se abordan, en primer lugar, las formas del Arte mobiliario, atendiendo por un lado a la tipología y sistematización de los motivos artísticos, y por otro a los sistemas de representación. El segundo capítulo tiene como objeto de estudio las asociaciones en el Arte mueble, su sistemática y cronología, distinguiendo por un lado las asociaciones de signos, de las que se plantea su identificación, características, asociaciones típicas, atípicas..., y por otro lado, las asociaciones de animales, contemplando tanto a los sujetos naturalistas como a los esquemáticos. En el último capítulo M. Soledad Corchón aborda la estructuración del Arte mueble paleolítico cantábrico, presentando una selección de los sujetos en las decoraciones mobiliarias y de los signos utilizados, para concluir con la evolución de los sujetos y del soporte, no sin antes atender a las relaciones con el arte mobiliario francés.

Toda la documentación de Arte mueble de la zona cantábrica, en forma de catálogo, es lo que se nos ofrece en la tercera parte de esta obra. Ordenadas mediante claves de fácil manejo, las piezas se clasifican tanto arqueológica como artística y tecnológicamente, terminando su descripción con una referencia a la publicación original en que se presentaba el objeto, así como aquellas posteriores en que se modificaba algún aspecto del mismo. Sería de agradecer que esta bibliografía se repitiera

en cada caso sin remitirnos a citas anteriores (o simplemente se citara al final de la obra) ya que, el gran volumen de piezas y la práctica inexistencia de separación entre ellas, convierte la consulta de estos datos en una tarea ciertamente difícil. Por otra parte, convendría que la autora revisara los lugares de depósito actual de las piezas puesto que, en algunas ocasiones, no se corresponde el lugar citado con la localización real. Se debe hacer hincapié sobre el hecho de la inexistencia de separación espacial en las descripciones de las piezas. Este problema, que se acusa realmente a la hora de la consulta, como otros muchos, al menos de esta primera edición, se debe sin duda a la impresión del volumen, donde se llega incluso a alterar el orden de las líneas dentro del párrafo. Suponemos que todos estos errores se subsanarán en posteriores ediciones.

En definitiva, y dejando de un lado las formas para entrar en el fondo, esta obra ha empezado una importante tarea dentro del estudio del Arte mueble paleolítico cantábrico, puesto que todo análisis que pretenda ser válido, debe comenzar con un estudio en profundidad de las piezas. Este primer paso lo ha dado sin duda M. Soledad Corchón con este estudio, sin embargo, la obra parece responder sólo a esta primera etapa, puesto que la exposición de datos que se da a lo largo del trabajo no deriva después, como sería de esperar, en un análisis a fondo de lo que de este estudio descriptivo se concluye.

CONCEPCION PAPI RODES

Lcda. en Geografía e Historia (especialidad de Prehistoria). Facultad de Geografía e Historia. Universidad Complutense. Madrid.

RODRIGUEZ CASAL, A. A.: «*La necrópolis megalítica de Parxubeira*». Monografías urxentes do Museu. A Coruña, 1989, 102 pp.

La importancia de la publicación de una necrópolis megalítica gallega es evidente para todos los que nos interesamos por este mundo. Galicia es una de las zonas con mayor cantidad de megalitos de la Península y sólo en los últimos años empezamos a conocer revisiones actualizadas y nuevas excavaciones (Bello, Criado y Vázquez Varela, 1987; Criado, Aira y Díaz-Fierros, 1986; Fábregas y de la Fuente, 1988). En este contexto hay que incluir el trabajo de A. Rodríguez Casal que ahora comentamos.

Un análisis de la situación elegida por los constructores de la necrópolis de Parxubeira, permite al autor incidir sobre la preponderancia —general a la comarca de Xallas— de superficies amesetadas sobre relieves llanos, ubicación que entiende motivada por constituir el relieve suave de las sierras el lugar más adecuado como vía de comunicación. De este modo, las mámoas actuarían como mojón indicador de dicho camino, aunque ciertamente ésta no debería ser la única causa pues habrían de contemplarse otros factores de carácter económico, social, ritual... etc. Entre éstos, A. Rodríguez Casal destaca el de la naturaleza del subsuelo; concretamente en el caso de Parxubeira, la materia prima del lugar coincide con la empleada en los monumentos.

La excavación de los tres túmulos mejor conservados de la necrópolis traduce un conjunto de sepulturas entre las que se significa la Mina de Parxubeira, una cámara con corredor poco diferenciado. La mámoa 3 contenía los restos de una cámara sin corredor, al igual que la mámoa 4. En todas las arquitecturas, el autor ha investigado los sistemas de construcción y propone una interpretación de los mismos.

Quizá uno de los aspectos más interesantes del estudio de esta necrópolis sea el de los ajuares. Tradicionalmente, el megalitismo gallego se ha venido definiendo como «pobre», por lo que se refiere a la cantidad y calidad de los mismos. El trabajo de R. Fábregas y F. de la Fuente, arriba citado y el que ahora comentamos, permiten revisar esta idea. Efectivamente Fábregas y de la Fuente nos describen unos materiales hasta ahora desconocidos en el megalitismo gallego y que muestran una gran cantidad de relaciones con el Norte de Portugal e incluso con el mundo millarense. La necrópolis de Parxubeira aporta un conjunto ergológico abundante, en relación a lo documentado en otros contextos megalíticos gallegos, y con el estimable interés de poseer incluso una pequeña zona de la cámara de la mámoa 3, sin tocar.

Los materiales procedentes de las excavaciones se describen como un único conjunto, lo cual hace difícil al que consulta el trabajo asociar cada una de las arquitecturas con su ajuar, aunque es

posible que el autor haya preferido esta exposición para incidir en esta idea de unidad con la que entiende la necrópolis.

Como ocurre casi siempre, los monumentos habían sido violados haciendo difícil reconocer una estratigrafía que permita diferenciar los momentos de uso del lugar. No obstante, Rodríguez Casal señala que pudo localizar parte del «horizonte primario» en M2 —la Mina de Parxubeira— y, más claramente en M3, en cuya cámara aún quedaba un pequeño sector intacto.

Este nivel originario ofrece la asociación de microlitos geométricos, cerámica impresa, cuentas de collar, láminas y una punta de flecha. Este conjunto, a excepción de la punta, se viene reiterando como el más antiguo dentro de los contextos megalíticos peninsulares. Precisamente la punta de flecha lleva al autor a plantearse la adscripción cultural de dichos elementos en el Megalitismo gallego, en el que se asocian a un momento de apogeo, junto con las cámaras con corredor. En Parxubeira aparece en una cámara sin corredor y con una industria de carácter más antiguo, carácter que se encuentra ratificado, además de por los mencionados geométricos, por la presencia de un vaso con decoración impresa no cardial, especialmente interesante por sus paralelos con yacimientos en cueva o al aire libre del Neolítico.

El total de la industria pulimentada de la necrópolis de Parxubeira se encontraba en zonas marginales de la estructura megalítica y es interpretada por el autor como posterior a este horizonte primario.

Un horizonte campaniforme se reconoce en la Mina de Parxubeira, horizonte que Rodríguez Casal se inclina por considerar una intrusión. Es de destacar en éste la presencia de un estilo regional de clara inspiración en el campaniforme clásico, junto con fragmentos de estilo internacional.

Una última ocupación parecen indicar el vasito de fondo plano y las dos puntas Palmela procedentes de M2 y M4. El autor sitúa ésta en el Bronce Antiguo, a partir de los paralelos en Galicia del mencionado vaso, entendiéndolo como un momento sin ruptura con el campaniforme y, más bien, como un epígono de éste.

En el conjunto de Parxubeira hay otro elemento a tener en cuenta. Se trata de la presencia de estelas antropomorfas en el túmulo de la Mina de Parxubeira. Hasta el momento, en la Península Ibérica, estas expresiones antropomorfas ligadas al mundo megalítico no disponían de una asociación clara y definitiva. Parxubeira lo es, y con ello disponemos de un argumento indiscutible para la conexión cultural de la estatuaria antropomorfa ibérica conocida como estatuas-menhir y estelas antropomorfas.

Como en tantas otras ocasiones, no disponemos de fechas C14, pero únicamente con trabajos como éste alcanzaremos a mejorar nuestro conocimiento sobre el desarrollo regional de nuestras arquitecturas megalíticas.

Primitiva BUENO RAMIREZ

Area de Prehistoria. Universidad de Alcalá.

BIBLIOGRAFIA

- BELLO DIÉGUEZ, J. M.^a, CRIADO BOADO, Felipe y VÁZQUEZ VARELA, J. M. (1987): *La cultura megalítica de la provincia de La Coruña y sus relaciones con el marco natural: implicaciones socio-económicas*. Publicaciones de la Excma. Diputación provincial de La Coruña.
- CRIADO, F., AIRA RODRÍGUEZ, M.^a J. y DÍAZ-FIERRROS VIQUEIRA, F. (1986): *La construcción del paisaje: megalitismo y ecología. Sierra de Barbanza*. Xunta de Galicia/Consellería de Educación e Cultura. Dirección Xeral do Patrimonio Artístico e Monumental. Santiago.
- FÁBREGAS VALCARCE, R. y FUENTE ANDRÉS, F. de la (1988): *Aproximaciones a la cultura material del megalitismo gallego: la industria lítica pulimentada y el material cerámico*. Arqueohistoria 2. Departamento de Historia I. Univ. de Santiago.

OLIVEIRA JORGE, Susana, «*Povoados da Pré-história recente (III^o-inícios do II^o Milénios a. C.) da região de Chaves - V.^a P.^a de Aguiar*. (Trás - os - Montes Ocidental). Porto, Instituto de Arqueologia da Faculdade de Letras. II volúmenes (Volúmen I^o, A y B), 1988, 1131 pp. × CCXV láms. y 115 figs.

Desde los inicios de esta década, la excelente y febril actividad de los colegas de las Universidades de Porto y Miño, ha permitido comenzar a rellenar en el Norte de Portugal, los huecos, carencias y vacíos, que la falta de excavaciones, y las propias deficiencias de quienes con anterioridad nos habíamos asomado a la fachada atlántica, habían hecho imposible cubrir. Desde 1982 hasta la fecha, han venido de modo sucesivo viendo la luz, trabajos tan importantes, como la Tesis Doctoral de Victor Oliveira Jorge (1982/88) sobre el megalitismo en el distrito de Porto, la de su esposa Susana, objeto de esta reseña, y más recientemente, las de Armando Coelho Ferreira da Silva (1986) sobre la cultura castreña del Noroeste, y Manuela Martins (1987) sobre la Edad del Hierro y la romanización en la cuenca media del Cávado, o los trabajos de M.^a Jesús Sanchez, que espero ver pronto plasmados en una Tesis, que aún a falta de algunos períodos por cubrir, como gran parte de la Edad del Bronce, no obstante los intentos en esta dirección por parte de la propia Susana Oliveira Jorge (1989) se puede considerar, sin pecar de exageración, como la secuencia cultural más completa que hoy por hoy poseemos, publicada al menos, de cualquiera de las regiones de la fachada atlántica si exceptuamos la Baja Andalucía, desde el Calcolítico a la romanización.

Quien además conoce personalmente a la autora de esta obra, sabe de su apasionada vocación por su trabajo. Y de ello es fiel reflejo esta Tesis Doctoral, densa y exhaustiva, donde no ha quedado aspecto sin tocar, de tal manera que, en realidad, nos hallamos no ante uno, sino ante varios posibles libros: cuatro completísimas memorias de excavación (las de Vinha de Soutilha, São Lourenço, Pastoria y Castelo de Aguiar); un estudio comparado de los mismos, incidiendo en la ocupación del territorio entre el tercer y comienzos del segundo milenio a. C. con un intento de aproximación al estudio de la acción humana sobre el territorio y dos magníficos catálogos, de cerámicas incisas e impresas no campaniformes, y del arte rupestre, estatuas-menhir y estelas antropomorfas de la región... etc.

Es evidentemente distinta la forma de redactar una Tesis Doctoral, de la de un libro. En aquélla, realizamos un trabajo de análisis sobre el que fundar nuestra hipótesis de partida, que por el masivo aporte de datos y la argumentación de los mismos, pretendemos demostrar y elevar al rango de Tesis. Un libro, por lo general, pretende una visión mucho más sintética y globalizadora,

que analítica. Tal vez hubiera sido más conveniente, en aras de la mejor apreciación de la obra, no haberla publicado tal y como fue concebida como trabajo doctoral, sino haberla readaptado para su publicación, separando las memorias de excavaciones y el catálogo de cerámicas, y prescindiendo de aspectos, sobre los que tal vez haya que insistir en la redacción de la Tesis, de cara a la justificación de la misma ante el tribunal, pero quizá no tanto ya, a la hora de su publicación. Como por ejemplo, la larguísima explicación de la metodología aplicada al estudio de los materiales líticos, óseos, cerámicos y metálicos (pp. 52-62) que podría haberse aquí aligerado, o las pormenorizadas explicaciones de las teorías de Chapman, Mathers, Gilman, Scarre y otros (926-32), que igualmente, podrían haberse expuesto mucho más sintéticamente, remitiendo a quien las desconociera o quisiera ulteriores explicaciones, a la correspondiente bibliografía. Asimismo, la numeración empleada para las figuras en el primer volumen, independiente para cada capítulo en lugar de ser correlativa, dificulta su localización en el índice general, y hace larga y penosa su cita en el texto.

La obra encara el estudio del proceso de sedentarización de las poblaciones del Norte de Portugal, a lo largo de III.^{er} Milenio a. C. y la aparente colonización de áreas anteriormente vírgenes, o poco pobladas. Tal estudio ha sido posible, gracias a un excelente trabajo de campo, cuya práctica la autora domina sobradamente, realizado en los yacimientos de Soutilha, São Lorenço, Pastoria y Aguiar. El primero de ellos es el que parece tener una ocupación más antigua y prolongada, para la que las fechas de C.14, todas correspondientes a la segunda ocupación, sitúan entre inicios y primera mitad del 3.^{er} milenio, en fechas sin contrastar (*), con cerámicas esféricas y semiesféricas, decoradas con triángulos incisos rellenos de impresiones verticales y oblicuas de tradición neolítica, hasta las típicas cerámicas Penha, que gracias a los trabajos de Susana Oliveira Jorge, somos finalmente capaces de situar en un contexto cronológico y cultural preciso, si bien creo que es necesario mantener ciertas reservas, sobre la perduración de esta tradición cerámica hasta inicios de 2.^o milenio como quiere la autora (véase p. 625 abajo), puesto que hasta el momento, la única evidencia que de ello poseemos es la fecha de 1980 ± 120 a. C. del yacimiento pontevedrés de Lavapés (Peña, 1984c) que además de presentar un margen de error estadístico alto, procede del laboratorio japonés Gakushin, cuyas dataciones sabemos ahora, presentan grandes problemas de fiabilidad. Hay evidencias incluso de ocupaciones anteriores, aunque sólo bien definidas en la capa 4 del Sector A de Vinha de Soutilha. Es también, de los cuatro yacimientos excavados, el que presenta evidencias más claras de estructuras de habitación, especialmente en su Sector A, con dos posibles cabañas, la inferior de unos 24 m² correspondiente a la primera ocupación, en parte destruida durante la segunda, por la construcción y ampliación sucesivas de una cabaña, que llega a alcanzar los 120 m². Otras estructuras, en este y otros sectores, resultan mucho menos claras, no obstante los laudables intentos de atribución funcional de los mismos por parte de la autora (ver pp. 652 y ss.). El siguiente yacimiento es São Lourenço, con dos fases aunque representando una sólo ocupación, con estructuras pétreas de funcionalidad no muy clara, y cerámicas Penha y otras incisas e impresas similares a las de Soutilha, amén de algunas incisas del tipo llamado «simbólico» (Martín Socas y Camalich Massieu, 1982). Por criterios cerámicos, la autora considera la ocupación de São Lourenço coetánea en parte al menos, de la fase final de Soutilha, situándola entre fines del 3.^{er} y comienzos del 2.^o milenio en fechas sin contrastar (véase fig. 4 de cap. 3.5.2). Pastoria representaría el siguiente eslabón de la secuencia, con cerámicas tipo Penha, pero también formas carenadas y además campaniformes puntillados, en su variedades marítimo y geométrico, que indican asimismo una vida para el yacimiento, entre fines del 3.^o y primera parte del 2.^o milenio a. C. Castelo de Aguiar por último, presenta dos momentos distintos de ocupación, separados por un largo hiatus cronológico. El más antiguo parece corresponder a inicios del 3.^{er} milenio a. C. y de acuerdo con las evidencias de la excavación, no parece haber sido muy intenso. El yacimiento se abandona al menos, desde mediados de ese milenio, para reocuparse de nuevo y ahora ya más

(*) Puesto que el verbo «to calibrate» admite la traducción como contrastar o comprobar, y aquí tal vez, corregir, prefiero hacer uso de cualquiera de ellas, en lugar del anglicismo calibrar, cuyo auténtico significado en español es muy diferente, pues de acuerdo con la 19.^a edición de 1970, del Diccionario de la Lengua Española quiere decir: «Medir o reconocer el calibre de las armas de fuego o el de otros tubos; de los alambres o chapas de metal; dar al ánima del arma el calibre que se desea... etc.».

intensamente, a inicios del 2º milenio a. C., de acuerdo con las dataciones radiocarbónicas sin contrastar y con los materiales arqueológicos, entre los que destacan las formas carenadas.

La autora aborda la interpretación de los datos que el estudio de los cuatro asentamientos proporciona, partiendo de la delimitación del área de captación económica de cada uno de ellos, y de la discusión del posible aprovechamiento de los suelos comprendidos en sus respectivos territorios. Una ojeada a la fig. 1.ª del capítulo 3.5.1., pone de relieve la estrecha vecindad entre Vinha de Soutila, São Lourenço y Pastoria, hasta el punto de que el territorio de las 2 horas de estos últimos se superponen. Habida cuenta que, de acuerdo con la autora (p. 664), los niveles finales de Soutilha podrían ser coetáneos de los iniciales de São Lourenço y Pastoria, la densidad de ocupación del territorio habría sido a fines del 3.º milenio, muy alta, lo que me parece difícilmente explicable. Teniendo en cuenta que esa posible coetaneidad se basa en la presencia en los tres de materiales similares cuya vida es larga, a veces varios siglos, otra solución sería pensar, que los tres yacimientos representarían sucesivos desplazamientos de la población primitivamente habitante en Soutilha a São Lourenço, cuya explotación de acuerdo con la propia autora (p. 644, último párrafo), supondría una fuerte inversión, rentable tal vez sólo a medio plazo, lo que en mi opinión justificaría sobradamente su abandono y explicaría su corta vida, y de ahí a Pastoira, cuyo asentamiento duraría hasta el agotamiento de los suelos o de la capacidad de sustentación de la población.

Ciertamente, ello alteraría algo la hipótesis de trabajo que mantiene la autora. Esto es, que estos cuatro asentamientos representan por primera vez, una ocupación estable del territorio por parte de una población campesina del Noroeste peninsular, fenómeno que pone en relación con el modelo de Andrew Sherratt (1981 y 1983) de la revolución de los productos secundarios, aunque reconoce que carece de datos de fauna, flora o de otra naturaleza, que permitan respaldar la hipótesis de una posible introducción del arado y de la tracción animal (véanse pp. 790 y ss. y p. 944). Ahora bien, es en este punto donde echo dos cosas de menos. Sé muy bien las dificultades para recoger fauna o macrorrestos en suelos de la naturaleza de los del Noroeste, pero ¿no podría haberse intentado también un análisis polínico y edafológico de la región como se está haciendo en Galicia, y que podría habernos ayudado a reconstruir el paisaje y la acción del hombre sobre el mismo? Y en segundo lugar, echo de menos una discusión de su hipótesis, en relación con los datos aportados por los análisis polínicos y edafológicos de yacimientos coetáneos de Galicia, región inseparable y más en la Prehistoria, de la que la autora estudia. Esta ausencia resulta aún más sorprendente, cuando la autora conoce y maneja dicha bibliografía, como lo demuestra su presencia en el apéndice bibliográfico anejo, y las diversas citas que de ella hace, en distintos capítulos. Y lo echo de menos, porque tanto en los yacimientos pontevedreses de O Regueiriño, A Fontenla, O Fixón y Lavapés, como en el conjunto coruñés de la Sierra de Barbanza, los datos parecen apuntar hacia una hipótesis radicalmente contraria a la que mantiene la autora, esto es, a la existencia de comunidades itinerantes y practicantes de una primitiva agricultura de tala y roza (Bello et al. 1983; Criado et al. 1986; Peña 1984 a, b, c; García Lastra, 1984; Aira y Guitián, 1984; López, 1984 a, b). Realmente hubiera sido interesante saber que opina la Dra. Oliveira Jorge al respecto, si acepta la hipótesis de los colegas gallegos, y de ser así, cómo justifica esa diversidad en el uso del suelo, entre grupos humanos geográficamente no muy distantes y cuya organización e infraestructura tecnológica, no parece ser muy diferente, y desde luego, no tan compleja socialmente en mi opinión, como la Dra. Oliveira Jorge gusta ver a sus grupos del Norte portugués.

Me llama asimismo la atención, las dimensiones que la Dra. Oliveira Jorge atribuye a sus yacimientos, de los que afirma que Pastoira posee cerca de 6 Ha; São Lourenço podría abarcar un área aproximada de 7 Ha; Aguiar 2,5 Ha, y Soutilha se expandiría por varias plataformas, ocupando una extensión que sobrepasaría las ¡20 Ha! (ver p. 635). Supongo que el área habitada habrá sido detectada combinando excavación y prospección, pues los restos de estructuras documentados arqueológicamente son escasos y a veces, muy poco claros, pero, sin irnos a los grandes asentamientos calcolíticos, Morais Arnaud (1982) calcula unas dimensiones entre 0,10 y 0,05 Ha para poblados pequeños como Santa Justa o Monte da Tumba, y de 1 a 5 Ha, para otros medianos como Ferreira do Alentejo, mientras que para La Pijotilla o Valencina de la Concepción se suponen, pues

no está documentado por excavación, mayores dimensiones, si bien casi todos ellos conservan muchos más restos de estructuras que cualquiera de los cuatro poblados del Tâmega, y mucho más claras.

Queda por resolver el problema de la disociación poblado/necrópolis. La hipótesis generalmente admitida para justificar la ausencia de poblados asociables a los grandes enterramientos megalíticos es que se trata de gente de economía itinerante, que se mueve en torno a un territorio cuya referencia fija es el panteón común. Más difícil es comprender entonces por qué, si estas gentes son supuestamente sedentarias y estables, y no han cambiado sus costumbres funerarias colectivas, no encontramos las tumbas. Las posibles explicaciones que la autora propone: 1.^a, que las necrópolis megalíticas coetáneas del N. de Portugal, correspondan a estos poblados, pero que usen ajuares diferentes; lisos en aquéllas, y decorados en éstos; 2.^a que las necrópolis existan, pero las desconocamos por falta de investigación sistemática; 3.^a o que los poblados permanentes, asuman el valor de marcador territorial antes representado por los grandes monumentos funerarios, y que por ello los enterramientos sean ahora más simples, menos espectaculares y ricos, no dejan de tener, en especial la primera y la última su atractivo, pero hoy por hoy carecen de evidencias que las apoyen.

No puedo sustraerme a la tentación de referirme a la tendencia existente entre algunos jóvenes y renovadores arqueólogos de ambos países ibéricos, a usar neologismos especialmente cacofónicos tanto en portugués como en español, y cuya necesidad no acabo de entender, dado que en el caso de la palabra inglesa *item*, existe en una y otra lengua su equivalente. Y en cuanto al adjetivo *sociotécnico*, terriblemente cacofónico y críptico, con todo mi respecto por el Pr. Binford, creo que se entendería mejor si habláramos de objetos de valor o significado eminentemente social.

Yo creo, que se puede estar al día en arqueología de habla anglosajona, sin que por ello sea preciso agredir a dos bellas, antiguas y musicales lenguas romances, como son el portugués y la de quien esto escribe.

Y por último, recordarle a la autora, que al abreviar los apellidos españoles, debe hacerlo a la inversa que en portugués en el que el apellido materno figura primero, pues en español es al contrario.

Ciertamente es más fácil criticar un libro que escribirlo, y en mi caso, soy plenamente consciente de mi incapacidad para realizar la titánica tarea, que con medios además precarios, tan brillantemente está llevando a cabo Susana Oliveira Jorge. El que no esté plenamente convencida del carácter estable y evolucionado desde el punto de vista agrario, de estos poblados, solamente indica que un buen trabajo, es susceptible de originar distintas lecturas e interpretaciones del mismo, que el tiempo y, confío, la continuada labor del magnífico equipo de Porto, se encargarán de refutar o confirmar.

MARISA RUIZ-GALVEZ PRIEGO

Dpto. de Prehistoria. Facultad de Geografía e Historia.
Universidad Complutense. Madrid.

BIBLIOGRAFIA

- AIRA RODRÍGUEZ, M.^a J. y GUTIÁN OJEA, F. (1984): «Estudio polínico y edafológico de los yacimientos de "O Regueiriño" y "A Fontenla" (Península de Morrazo)». *Pontevedra Arqueológica*, 1: 99-112.
- ARNAUD, J. M. (1982): «O povoado calcolítico da Ferreira do Alentejo, no contexto da bacia do Sado e do Sudoeste peninsular», *Arqueología*, 6.
- BELLO DIÉGUEZ, J. M.^a, VÁZQUEZ VARELA, J. M.^a y CRIADO BOADO, F. (1983): «Medio físico y sociedades megalíticas. Aproximación a los problemas constructivos de los megalitos en el NW peninsular». *Gallaecia*, 7-8.

- CRIADO, F., AIRA RODRÍGUEZ, M.^a J. y DÍAZ-FIERROS VIQUEIRA, F. (1986): *La construcción del paisaje. Megalitismo y ecología. Sierra de Barbanza*. Arqueología/Investigación. Xunta de Galicia/Consellería de Educación e Cultura.
- GARCÍA-LASTRA y MERIÑO, M. (1984): «Primeros resultados de las campañas de excavaciones arqueológicas 1982, en el yacimiento de "O Fixón" (Hío, Cangas de Morrazo)». *Pontevedra Arqueológica*, 1: 113-144.
- JORGE, S. O. (1989): «Reflexões sobre a Pré-Historia recente do Norte de Portugal. Porto». *Actas do Coloquio de Arqueología do Noroeste Peninsular, I*.
- JORGE, V. O. (1982): *O Megalitismo do Norte de Portugal: o distrito do Porto-os Monumentos e a sua Problemática no contexto Europeu*, 2 vols. Dissertação de doutoramento, Faculdade de Letras, Porto.
- LÓPEZ, P. (1984a): «Análisis palinológico de los sedimentos arqueológicos del yacimiento de "O Fixón", (Viñó, Hío, Cangas de Morrazo)». *Pontevedra Arqueológica*, 1: 145-148.
- (1984b): «Estudio polínico de los sedimentos del yacimiento de Lavapés». *Pontevedra Arqueológica*, 1: 179-188.
- MARTÍN SOCAS, D. y CAMALICH MASSIEU, M.^a D. (1982): «La "cerámica simbólica" y su problemática (Aproximación a través de los materiales de la colección L. Siret)». *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 7.
- MARTINS, M. (1988): *O povoamento Proto-histórico e a Romanização da Bacia do curso Médio do Cávado*. Univ. do Minho, Braga. (diss. de doutor, 4 vols.).
- PEÑA, A. de la (1984a): «Sondeo estratigráfico en el yacimiento de "O Regueiriño" (Moaña)». *Pontevedra Arqueológica*, 1: 85-90.
- (1984b): «Sondeo estratigráfico en el yacimiento de "A Fontenla" (Moaña)». *Pontevedra Arqueológica*, 1: 91-98.
- (1984c): «Yacimiento de Lavapés (Cangas de Morrazo). Balance de las excavaciones 1981-1982». *Pontevedra Arqueológica*, 1: 206-238.
- SHERRAT, A. (1981): «Plough and pastoralism: aspects of the secondary products revolution». En I. Hodder, G. Isaac, N. Hammond (eds.): *Patterns of the Past*. Cambridge University Press, Cambridge.
- (1983): «The secondary exploitation of animals in the Old World». *World Archaeology*, 15, 1.
- SILVA, A. C. F. da (1987): *A cultura castreja no Noroeste de Portugal*. Câmara Municipal de Paços de Ferreira/Museu Arqueológico de Sanfins.

GABRIEL CAMPS: *Terrina et le Terrinien. Recherches sur le chalcolithique de la Corse*. Collection de l'École française de Rome, 109. École française de Rome, Palais Farnèse. Roma (De Boccard/L' «Erma» di Bretschneider), 1988, 397 pp. + 149 figs.

La prehistoria corsa conoce en estos últimos años sensibles innovaciones tanto para su periodización global como en cuestiones concretas que atañen a la valoración de las distintas fases cronológicas y de los factores regionales de la isla y su incidencia a la hora de ofrecer una visión de síntesis para todo el territorio. Parcamente atendida durante mucho tiempo la investigación de campo —excepción hecha de unos cuantos yacimientos tradicionales, tanto por su prolongado estudio como por las maneras utilizadas a la hora de interpretarlos—, Córcega, a diferencia de su vecina Cerdeña, ha generado poca polémica entre los estudiosos, cuestión que ciertamente ha contribuido también a la pervivencia de unos niveles de conocimiento escasamente críticos, apriorísticos y notablemente influidos por las interpretaciones difusionistas generales que hasta hace poco tiempo fueron comunes para las islas del Mediterráneo occidental.

Pese a tal panorama, algunos trabajos han conseguido poco a poco modificar, al menos parcialmente, la imagen de la prehistoria corsa en determinados aspectos metodológicos o, sobre todo, en la línea de plantear nuevas hipótesis y buscar soluciones a preguntas sin contestar desde tiempo inmemorial. Así por ejemplo, se identificó un horizonte preneolítico de cazadores y recolectores fechado hacia el séptimo milenio en los abrigos de Araguina-Sennola, Strette o Curacchiagu, este último con ciertos problemas de interpretación, como señalara en su día Lewthwaite, que sin duda obliga a replantear la cuestión del poblamiento inicial de la isla. Tras él aparece el neolítico cardial, asociado a otros grupos de cerámica exclusivamente lisa, a los que suceden luego diferentes núcleos culturales singularizables durante el cuarto milenio, lo que permite vislumbrar ya la complejidad del neolítico corso. La distinción de una etapa calcolítica, la cuestión de la ausencia de cerámicas campaniformes, o la posición cronológica de los enterramientos megalíticos mantenían, por el contrario, el carácter de cuestiones pendientes de resolver. La excavación del yacimiento de Terrina contribuye a dar cierta luz sobre ese momento; ahora aparece su publicación, largamente esperada tras algunas noticias sueltas e interpretaciones previas en trabajos más generales, que es fruto de las varias campañas de excavación llevadas a cabo en el sitio a lo largo de la década de los setenta e inicios de la actual.

Terrina, en las inmediaciones de la ciudad de Aleria, es un asentamiento al aire libre en la zona central de la costa oriental de Córcega. Sus materiales arqueológicos permiten clasificarlo como sitio calcolítico y fecharlo hacia mediados del tercer milenio por cronología absoluta C-14 no calibrada. Entre otros ha proporcionado los testimonios de la más antigua fabricación de cobre, un descubrimiento que, con seguridad, contribuirá decisivamente a acabar con la opinión tradicional de la importación de la metalurgia en tiempos tardíos, coincidiendo con la aparición de los «torrea-

nos», conforme Grosjean proponía en sus hipótesis al respecto. Terrina es prueba de la existencia de una metalurgia antigua, muy antigua si se consideran las fechas C-14 calibradas como sugiere Camps, a mi juicio probablemente en sincronía con otras muchas áreas del Mediterráneo occidental, es decir, a lo largo de la primera mitad del tercer milenio a. C. La situación del yacimiento, cerca de minas de cobre pero a cierta distancia de ellas, parece demostrar que su emplazamiento no fue elegido atendiendo con prioridad al aprovechamiento de esa clase de recursos minerales. Por el contrario, resulta del mayor interés constatar en el lugar el cultivo de viña y tal vez olivo, dos plantaciones que quizá sí condicionaron sustancialmente la elección del terreno, lo mismo que debió influir la necesidad de sustentar a las piaras de cerdos que constituían la alimentación cárnica básica. Un grupo humano, en síntesis, de economía agrícola y ganadera que, como tantos otros mediterráneos de ese momento, comienza a fundir minerales de cobre que transporta hasta la aldea desde poco más de quince kms. de distancia. El tipo de yacimiento localizado hace suponer a Camps que se trataría de gentes sedentarias, posibilidad que encaja bien con los cultivos arbóreos, que exigen una relativa larga permanencia en el sitio y una inversión prolongada de trabajo para su cuidado hasta obtener beneficios satisfactorios, y que tampoco se contradice con la observación hecha sobre anomalías en el crecimiento de algunos animales domésticos, provocadas por el empobrecimiento de los pastos a consecuencia de una estancia prolongada sobre un mismo lugar.

El yacimiento de Terrina abre una vía de investigación en Córcega, al identificar con precisión una ocupación claramente calcolítica, época de la que prácticamente no existían con anterioridad a estas excavaciones datos seguros de ningún tipo, pues algunos hallazgos aislados considerados de ese momento carecen de contexto arqueológico y tampoco resultan inequívocos desde el punto de vista tipológico. Junto a Terrina hay ya descubiertos otros sitios donde también se han encontrado las características cerámicas de bordes con decoración bajo ellos de círculos perforados dispuestos en línea, lo que ha incitado a los prehistoriadores corsos a hablar de una «cultura» *terriniense* extendida por toda la isla, e incluso conectada con el grupo sardo de Ozieri y quizá con alguno otro de la Italia peninsular. Tal vez sea excesivo hablar de cultura como tal, pero no cabe duda que, al menos desde un punto de vista estrictamente arqueológico, se cubre una fase intermedia vacía entre el neolítico y la aparición de los primeros elementos pretorreanos, lo que puede que, en su momento, contribuya a explicar mejor la eclosión de tan singular cultura y sus paralelismos por el Mediterráneo insular occidental.

Otra cuestión del máximo interés es constatar, una vez más, la generalización del comienzo de la fundición de cobre en el Mediterráneo occidental hacia los años centrales del tercer milenio, siempre en cronologías no calibradas. A lo largo de estos últimos tiempos, excavaciones llevadas a cabo tanto en el sur de Francia como en la península Italiana, en la ibérica o en las islas de la cuenca correspondiente, aportan datos para confirmar tal suceso con una cierta sincronía —cierta no sólo porque no es absoluta sino también porque la documentación disponible es aun reducida— pero, a la vez, probablemente como consecuencia de procesos locales independientes, para los que resulta muy difícil, a lo mejor imposible, rastrear pruebas de contactos no ya con áreas del Mediterráneo oriental, como tradicionalmente se pretendiera, sino incluso entre los propios lugares occidentales en que tal innovación tiene lugar. El estudio de los cambios culturales en el Mediterráneo occidental a lo largo del tercer milenio constituye, sin duda en estos momentos, uno de los asuntos más apasionantes entre los que tiene planteados la prehistoria reciente europea.

Volvamos, para acabar, al libro del Prof. Camps. A un lado la novedad y éxito indiscutibles de los resultados obtenidos, es esperanzador y estimulante ver como un maestro consagrado ha sabido ponerse al frente de un equipo de investigadores, muchos también eméritos como él y notables entre los colegas franceses, y coordinar un trabajo de investigación por tantas razones modélico, entre las que, sin duda, sobresale su avanzado carácter pluridisciplinar. Es la primera vez que la arqueología prehistórica corsa apuesta por esta clase de investigaciones; los logros conseguidos demuestran cual debe ser a partir de ahora el camino adecuado a seguir.

MANUEL FERNANDEZ-MIRANDA

Dpto. Prehistoria. Facultad de Geografía e Historia.
Universidad Complutense. Madrid.

CENTRO Y PERIFERIA: LA EUROPA BARBARA Y EL MEDITERRANEO EN LA EDAD DEL HIERRO

POR

GONZALO RUIZ ZAPATERO (1)

BRUN, P. «*Princes et Princesses de la Celtique. Le Premier Age du Fer (850-450 av. J-C.)*». París, Editions Errance, 1987, 219 pp. ISBN 2-903442-46-0.

CUNLIFFE, B. «*Greeks, Romans and Barbarians. Spheres of Interaction*». London, Batsford, 1988. XII + 243 pp. 76 figs. ISBN 0-7134-5273-0.

La tesis central de estos dos libros es que el desarrollo de las comunidades «bárbaras» de la Europa Templada durante la Edad del Hierro sólo se puede comprender interaccionado con el mundo mediterráneo, adoptando para ello peculiares versiones del modelo «centro-periferia» elaborado por I. Wallerstein (1974 y 1979) en su estudio sobre los orígenes del capitalismo y la formación de una economía-mundo. La apropiación, crítica y re-elaboración del modelo por parte de prehistoriadores y arqueólogos es un fenómeno reciente, que ha producido ya resultados sugestivos y alentadores (Rowlands et al. 1987 y Wells 1987) y tiene un claro valor heurístico. La oposición centro-periferia ha sido ampliamente utilizada para referirse a la estructura de sistemas económicos regionales integrados. La definición de «centros» requiere que grupos de comunidades y en particular sus élites dirigentes lleguen a ser consumidores de recursos de otras comunidades a través de diversas formas de explotación y las «periferias» son comunidades y élites que están constreñidas a encontrar demandas para producir surplus (Rowlands 1987). En este caso, como veremos más adelante, aunque el comercio/intercambio es el eje central de los estudios sobre Centroeuropa y el Mediterráneo en la Edad del Hierro, las perspectivas adoptadas difieren notablemente entre sí. Un adecuado comentario de estas publicaciones merece una evaluación, siquiera general, del estado de los estudios sobre la Edad del Hierro europea, que muestre sus puntos fuertes y sus debilidades para ver en que medida los libros de P. Brun, centrado sobre la Primera Edad del Hierro, y B. Cunliffe, más centrado sobre la Segunda Edad del Hierro, representan avances cualitativos.

Un aspecto que apenas ha sido debatido es la reflexión técnico-conceptual sobre el estudio de la

(1) Dpto. de Prehistoria. Facultad de Geografía e Historia. Universidad Complutense. Madrid.

Edad del Hierro, y no cabe duda que es crucial si se quiere avanzar sustancialmente en este fascinante y controvertido período de la prehistoria europea. Han sido los especialistas británicos quienes han iniciado esta tarea (Collis 1977, 1984 b, 1986 a y 1986 b, Rowlands 1984, Bintliff 1984, Champion y Megaw, 1985 y Champion 1987), pero la realidad del estado actual de la Edad del Hierro europea está dominada por la confusión (Collis 1986 b: 336) y el escaso avance de nuestros conocimientos en los últimos años, si lo comparamos con otros períodos prehistóricos (Champion 1987: 98). ¿Cuáles son las causas de este estado de cosas? Siguiendo los criterios de la tradición protohistórica británica se podrían establecer al menos dos grupos de causas: por un lado, las derivadas de la propia naturaleza del material de estudio, y por otro lado las derivadas de los paradigmas interpretativos empleados.

La documentación material de la Edad del Hierro es impresionantemente voluminosa y parece más que probable que este hecho sea el primer factor negativo. Como se ha sugerido, las numerosas evidencias impiden o dificultan aproximaciones globales: los árboles no nos dejan ver el bosque. La alternativa inmediata a esa abundantísima documentación, que además ofrece variaciones regionales, es abordarla por ámbitos nacionales, cuando no más reducidos, es decir la investigación se iniciaría con una severa limitación: la autoimposición de barreras geográficas. De hecho la mayor parte de la investigación se traduce en estudios regionales y apenas existen síntesis o visiones de conjunto, que verdaderamente merezcan ese nombre. Esa configuración inicial de la investigación, por ámbitos nacionales, hace que se utilicen diferentes estrategias y métodos según la tradición arqueológica de cada país. La principal consecuencia de esto ha sido la separación del mundo clásico del resto de Europa, la fuerte disociación Prehistoria/Arqueología Clásica, aunque no obstante en algunas áreas —como la mediterránea— la Edad del Hierro se encuentra en una difícil posición entre ambas. Las raíces de los estudios anglosajones de la Edad del Hierro en las nuevas orientaciones que se inician con la «New Archaeology» y la ignorancia de estas nuevas aproximaciones por los arqueólogos clásicos explican esa falta de diálogo, para el que aparentemente no parece existir ninguna razón insalvable (Snodgrass 1985) y del que indudablemente se obtendrían beneficios mutuos (Renfrew 1980 y V.V.A.A. 1988). Por otro lado esas barreras geográficas implican barreras lingüísticas. Son muchas las lenguas en las que aparece la documentación de primera mano y esto representa una dificultad añadida a las visiones de síntesis. De hecho hay una evidente simplificación en la presentación del marco geográfico-cultural de los estudios sobre la Edad del Hierro europea que se limita a Centroeuropea con el desarrollo clásico del Hallstatt y La Tène antiguo y una imprecisa área más amplia, incluyendo buena parte de Europa Occidental para la expansión lateniense y el surgimiento de los oppida. Esa es la versión más generalizada de la Edad del Hierro europea, más allá de las síntesis de cada país. En las pocas síntesis recientes (Collis 1984 a y Wells 1984) se ignoran prácticamente Escandinavia, Iberia y buena parte de la Europa Este. El núcleo central es el Hallstatt y La Tène centroeuropeo, sin duda explicable en gran medida por el interés tradicional —que viene ya del s. XIX— por los Celtas.

Si pasamos a considerar los paradigmas interpretativos, el paradigma más importante de los estudios sobre la Edad del Hierro ha sido el concepto de «cultura», tanto en el sentido childeano de conjunto recurrente de artefactos asociados o en el sentido más antropológico de transmisión de ideas de una generación a otra. Collis (1984 b: 283) ha llamado la atención sobre los tres peligros —más bien diría yo realidades— que se derivan de esos conceptos: (a) ecuación cultura material-etnia-lengua (La Tène = Celtas), por más que apenas se haya explorado seriamente la relación entre etnicidad, lingüística y cultura material, (b) interés prioritario y casi exclusivo en describir materiales y estructuras como un objeto en sí mismo —el enfoque «cronotipologista» muy evidente en la escuela alemana y otras tradiciones europeas— sin referirlos al estudio de las otras entidades superiores como p. e. las realidades sociales y económicas de las comunidades implicadas y (c) la adopción de una línea interpretativa «pseudohistórica» según la cual los datos históricos proporcionarían el armazón conceptual que se puede sobreimponer a los datos arqueológicos, p. e. la expansión celta, las migraciones de grupos tribales y la conquista romana. Los textos escritos se han utilizado, con estrechez de miras, para conocer aspectos concretos de la Edad del Hierro pero

apenas se han utilizado las fuentes clásicas para sugerir líneas de contrastación con los datos arqueológicos y abrir nuevas hipótesis de trabajo (Champion 1985).

Sin embargo ese paradigma de cultura no ha implicado la adopción de marcos regionales en el sentido anglosajón (Crumley 1980), ya que es obvio que la escuela alemana lo que ha hecho es «arqueografía» de regiones. El trabajo con marcos regionales implica dos cuestiones fundamentales, por un lado que los objetivos son el estudio de las comunidades del Hierro en sus dimensiones de patrones de asentamiento, organización social, económica, procesos de contacto y cambio, etc... y por otro lado contestar a esas preguntas exige realizar prospecciones de superficie sistemáticas que ofrezcan las evidencias necesarias (Knight 1984: 322), cosa que no se ha hecho en Centroeuropa, aunque sí en Gran Bretaña (Hingley y Miles 1984) Francia (Demoule e Ilet 1985 y Mills 1985) y los Países Escandinavos (Stjernquist 1985).

La aproximación «particularista-regional» se ha mantenido con tal fuerza que apenas se han hecho intentos de lograr visiones unitarias, a nivel europeo de los grandes fenómenos centrales de este período: expansión de la nueva tecnología del hierro, del urbanismo, del torno de alfarero, o de la escritura (Champion 1987: 98). Ha sido tal la fragmentación de los estudios que ni siquiera bajo los presupuestos clásicos del viejo difusionismo se han abordado estos temas. Sólo muy recientemente se ha prestado atención a los mecanismos y formas de difusión de la metalurgia del hierro (Pleiner 1980 y 1982, Snodgrass 1980, Haefner 1981, Alexander 1983 y Champion 1988) y aún así todavía estamos lejos de presentar un panorama coherente del fenómeno.

La proximidad de la época histórica y las referencias clásicas a las poblaciones bárbaras de la Edad del Hierro han impuesto modelos históricos para acercarse a los tipos de sociedad, p. e. las referencias de la literatura heroica irlandesa (Jakson 1964) o las informaciones contenidas en las fuentes clásicas (Crumley 1974 y Nash 1976). Y cuando se ha recurrido a modelos etnográficos extra-europeos se ha desatado una fuerte polémica sobre la pertinencia de los mismos y la prioridad de los modelos europeos (Rowlands, Godsen y Bradley 1986 y 1987), aunque como ha indicado Champion, este hecho no está demostrado del todo. Por otra parte se están realizando inferencias sociales a partir de una gran diversidad de líneas de investigación que van desde la arqueología funeraria (Hodson 1979, Frankenstein y Rowlands 1979 y Bujna 1982) y la arqueología espacial (Randsborg 1986 y Hingley 1984) hasta la identificación de la esclavitud (Randsborg 1986 y Arnold 1988) y las modernas técnicas de análisis osteológico para reconstruir niveles de dieta y por tanto de estatus (Murray y Schoeninger 1988). Por último, uno de los temas más recientes es el estudio de las formaciones estatales de fines de la Edad del Hierro (Hedeager 1978, Nash 1978 y van der Valde 1985).

A modo de balance personal creo que los objetivos prioritarios de la investigación de la Edad del Hierro europea deberían ser los siguientes: (a) recoger nuevos datos, dentro de nuevos planteamientos, para construir periodizaciones (Collis 1986 a) y resolver problemas de concordancias cronológicas (Godsen 1984, Mansfeld 1984 y Vickers 1984); (b) reorientar los estudios tipológicos y de distribuciones regionales de tipos sobre bases más antropológicas (Hawkes 1982 y Lorenz 1985); (c) generar más modelos sobre los tipos de comunidades de la Edad del Hierro europea y sus procesos de desarrollo y cambio, y (d) buscar aproximaciones de síntesis y a través de ellas elaborar generalizaciones sobre los distintos tipos de sociedades.

Sobre este panorama de fondo de estudios de la Edad del Hierro europea los libros de P. Brun y B. Cunliffe coinciden, de forma independiente, en adoptar el esquema de centro-periferia o «economía-mundo mediterránea», empleando, como hace P. Brun, la noción de F. Braudel. Para el prehistoriador francés la economía mundo mediterránea tiene tres círculos y en el interior del primero se encuentran los grandes centros-motores urbanos de Grecia y Etruria que estructuran el espacio europeo en un sistema de círculos jerarquizados. El «mundo céltico» centroeuropeo o complejo noralpino ocupa una buena parte del segundo con importantes interacciones con los centros mediterráneos y más allá empieza la periferia del sistema, el tercer círculo, donde los cambios se operan más lentamente. Para el prehistoriador británico se pueden descubrir también tres zonas concéntricas. El centro con las economías de mercado mediterráneas, la zona de inter-

cambio con las jefaturas centroeuropeas y la periferia externa o zona de obtención de recursos y materias primas. Existen además «comunidades de paso» que aprovechan situaciones privilegiadas en el contacto entre las economías de mercado, y la Europa bárbara centroeuropea, que a su vez actúa de intermediaria entre el centro y la periferia externa.

Frente al particularismo exacerbado de los estudios tradicionales sobre la Edad del Hierro europea las aproximaciones de P. Brun y B. Cunliffe suponen claramente un esfuerzo integrador que, aunque indudablemente pueden llevar ciertas dosis de simplificación y esquematización de los fenómenos culturales del período, representan un cambio de enfoque importante y la definición y acotación de nuevos problemas junto a nuevas maneras de acercarse al conocimiento de las comunidades de la Edad del Hierro.

La obra de P. Brun ofrece una perspectiva fundamentalmente antropológica, cosa que, de entrada, ya hay que recibir con entusiasmo teniendo en cuenta el predominio del enfoque «tipo-cronológico» en la protohistoria francesa; orientación antropológica que de alguna manera ya había iniciado el autor en su excelente monografía sobre la civilización de Campos de Urnas de la Cuenca, de París (Brun 1986). Este enfoque antropológico hunde sus raíces en la tradición paleontológica y antropológica francesa pero incorpora planteamientos de la tradición anglosajona, aspecto bastante inusual entre los prehistoriadores franceses.

El estudio se inicia con una caracterización de las comunidades europeas del Bronce Final, que sigue, en grandes líneas, ideas esbozadas por varios autores entre ellos P. S. Wells, del que por cierto no se recogen sus últimos libros (Wells 1983 y 1984). Se trataría de comunidades pequeñas que articuladas en torno a granjas, aldeas y poblados con unos pocos centenares de habitantes están integradas por campesinos, especialistas artesanos y «jefes» con estatus adquirido aunque dentro de sociedades básicamente igualitarias; la lectura del registro funerario confirma esas características sociales y demográficas. Desde el s. XIII a. C. con la emergencia de la cultura de Campos de Urnas estas comunidades subsisten gracias a un sistema «expansionista», ocupación de nuevas tierras, que se articula en torno al eje E.-O. Alrededor del s. IX a. C. ese modelo «expansionista» llega a su límite por el sostenido crecimiento demográfico y la posesión sobre la tierra. La crisis del s. IX a. C. conduce a una organización de los recursos sobre nuevas bases y consecuentemente nuevas relaciones sociales: se inicia un nuevo orden europeo que se estructura en torno a la cuenca mediterránea y producirá una redistribución de roles y una jerarquización de las comunidades de la Europa Bárbara de Sur a Norte, eje básico a partir de este momento (Fig. 2).

Los indicadores del cambio que se produce entre los s. IX y VIII a. C. son, básicamente, tres: (a) crecimiento del número y tamaño de los habitats, (b) tendencia a la jerarquización social, visible en tumbas tumulares y diferencias de ajuar, con la emergencia de una aristocracia guerrera en la que muy posiblemente el estatus es hereditario y (c) desarrollo de la tecnología metalúrgica del hierro que potenciará la autarquía de las comunidades. Los efectos del cambio son claros en la jerarquización social con la aparición de élites que controlan pequeños territorios. El aumento notable de depósitos de bronce en los s. IX-VIII a. C. refleja básicamente las dificultades crecientes de la circulación de cobre, estaño y bronce y, como han sugerido muchos autores, la adopción del hierro estaría muy directamente relacionada con este hecho. Por otro lado, el hundimiento de las redes comerciales del bronce abocaría a la fragmentación socio-cultural a inicios de la Edad del Hierro. Ante la imposibilidad de prolongación del modelo «expansionista» del período anterior la tensión se resolverá, en parte, a través de la competencia entre las élites, que se puede leer en el registro arqueológico a través del aumento de fortificaciones, la aparición de pequeñas necrópolis tumulares, tal vez de dinastías locales y el reforzamiento de las actividades artesanales especializadas.

El área alpina oriental, con ejemplos tan significativos como Hallstatt, muestra un especial dinamismo que tiene su expresión más evidente en la circulación de «productos de lujo»: ámbar, oro, recipientes bronceos, vidrio y sal. Y en este contexto se sitúa el inicio de los contactos comerciales mediterráneos: los jefes centroeuropeos del sector oriental aprovechan su posición ventajosa beneficiándose de su posición de intermediarios en las transacciones entre los centros mediterráneos y la Europa hiperbórea. De esta manera en menos de tres siglos se produjeron

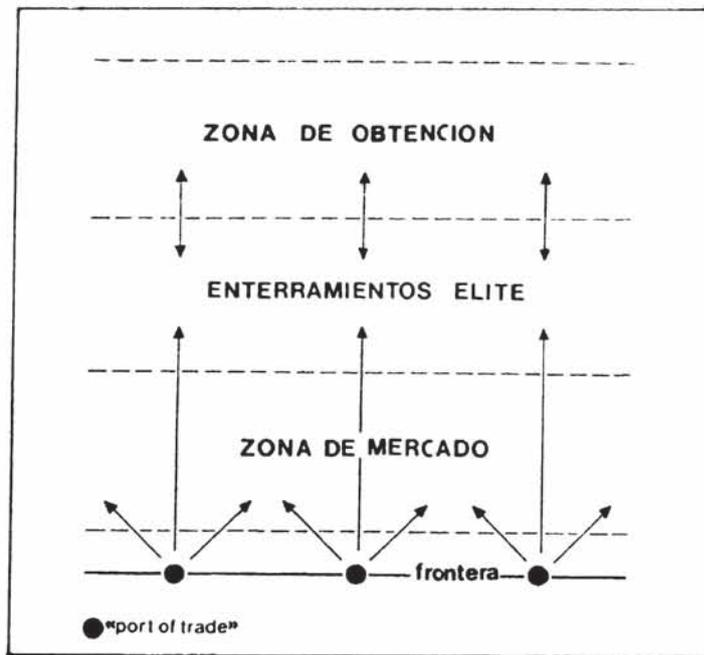


FIG 1.— Modelo de intercambios comerciales en la Galia, ca. 500 a. C. (Según Cunliffe 1988).

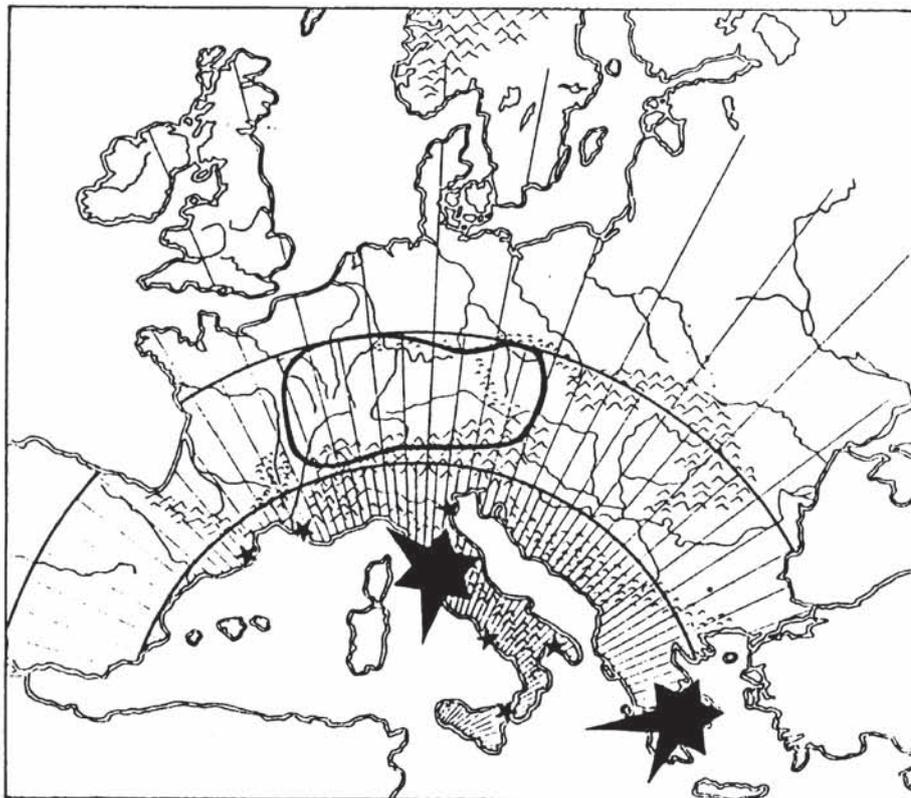


FIG. 2.— El mundo céltico y su posición intermedia dentro de la «economía-mundo» mediterránea (s. VIII-VI a. C.) con tres círculos concéntricos jerarquizados a partir de los «centros-motores» urbanos de Grecia y Etruria (Según Brun 1987).

cambios notables en las sociedades europeas: de comunidades «expansionistas» se pasa a comunidades enraizadas en territorios delimitados y este proceso debió ir acompañado de una acentuación y probable institucionalización de la jerarquía social.

En el s. VI a. C. el eje alpino oriental atraviesa un cierto declive y el foco dinámico se traslada al sector occidental con la emergencia de los «principados» del Hallstatt final. Las residencias y tumbas «principescas» se extienden de la Borgoña a Wurtemberg como consecuencia de su papel de intermediarios entre los focos mediterráneos, Etruria y Massalia, y las tribus del interior, a través de los pasos alpinos y el corredor del Ródano. Se configuran «principados centralizados» con territorios políticos más o menos amplios en cuyo interior funciona una jerarquización con jefes de distintos rangos, bien analizada por Frankenstein y Rowlands (1979). En todo caso, falta profundizar en cómo los elementos e ideas mediterráneas eran incorporados y usados por las comunidades centroeuropeas (Champion y Champion 1986).

Es significativo destacar que en la periferia inmediata a los focos mediterráneos, caso de las comunidades indígenas del S. de Francia o del NE. de Iberia, no hay indicios claros del «fenómeno principesco» o de economías de bienes de prestigio. Puede que la razón pueda ser el acceso directo de esas comunidades a los agentes mediterráneos y la ausencia de redes de intercambio con las tierras interiores. Pero en todo caso se producen unas transformaciones importantes tanto en el mediodía francés (Dietler 1988 y Py 1982) como en el NE. de la Península Ibérica (Ruiz Zapatero 1983-84) con procesos hacia una jerarquización en la cual las élites locales tienden a controlar los intercambios comerciales.

Aunque el espacio dedicado a la Península Ibérica es muy breve —dos páginas— puede considerarse bastante aceptable la síntesis propuesta por P. Brun. Los tres círculos incluyen la costa mediterránea, el interior y extremo NO., pero el primer y segundo círculo en el área del SE. se ven deformados hacia el O. por el influjo de otro foco mediterráneo: el fenicio-púnico. La consideración de Tartessos como una versión local de los «principados» célticos es muy verosímil y, de hecho, ha sido defendida recientemente por Aubet (1984) basándose en las evidencias funerarias.

Por último, dentro del tercer círculo estudia el autor los casos de las Islas Británicas, el complejo nórdico y el círculo lusitano, que, aunque muy esquemáticamente, completan la caracterización de su modelo general.

La obra de Cunliffe, estimulante y bien escrita, tiene a mi juicio por encima de otros méritos el demostrar que es posible tender puentes entre la prehistoria, la arqueología clásica y las fuentes. En cierto modo podría decirse que es una aproximación arqueológica desde la vertiente prehistórica —entendida teórica y metodológicamente— al fenómeno histórico de la interacción entre las poblaciones bárbaras europeas y el mundo romano. La empresa es ciertamente ambiciosa y exige una formación polifacética y el manejo de una amplísima bibliografía sobre temas cada vez más especializados.

Aquí, tal vez, puedan encontrarse algunas debilidades del libro: la dependencia de unas pocas obras para tratar algunos temas, como los de la economía romana republicana, y el empleo de títulos clásicos, pero ya con bastantes años, que difícilmente justifican sean la base única para, por ejemplo, mapas de distribución que obviamente han quedado obsoletos (p. e. fig. 68, pág. 180 y ss.).

El libro está construido sobre el modelo de tres áreas concéntricas: centro, zona de intercambio y zona de obtención de recursos y materias primas, que se analizan en una secuencia diacrónica desde los primeros estímulos coloniales mediterráneos alrededor del 600 a. C. hasta la efectiva romanización y en un plano espacial que afecta sobre todo a la Galia, y dos casos periféricos, las Islas Británicas y el mundo germánico más allá del Rhin (Fig. 1).

Los primeros contactos, al menos detectables arqueológicamente, se inician con la fundación de Massalia. Esta colonia griega pronto comenzó a actuar como auténtico centro de intercambio que extendió sus productos, remontando el valle del Ródano —todavía no bien conocido arqueológicamente (Dietler 1988)— hasta el corazón de Centroeuropa, donde los jefes de las pequeñas comunidades hallstáticas reforzaron su estatus controlando el acceso a los productos exóticos mediterráneos y redistribuyéndolos en su territorio. Cunliffe sigue la opinión de autores como Wells que defienden

las transformaciones de las sociedades centroeuropeas como resultado del comercio mediterráneo, aunque a mi juicio es todavía difícil saber si, en el momento de entrar en contacto con el mundo mediterráneo, esas comunidades hallstáticas eran más o menos igualitarias o se había iniciado, con anterioridad al impacto colonial, un proceso de jerarquización interna que simplemente se acentuó con la entrada en juego del nuevo factor (Champion 1982). Por otro lado, y precisamente por el relativo desconocimiento del área del medio y bajo Ródano, no queda claro cómo pudieron efectuarse los intercambios entre los enclaves costeros y los poblados centroeuropeos distantes en ocasiones cerca de 400 kms. La propuesta de Wells defendiendo la existencia de simples «entrepreneurs», individuos decididos y con capacidad de abordar la empresa comercial, como alguien ha señalado una especie de «yuppies» protohistóricos, no me resulta muy creíble y menos que realizaran las transacciones directamente. Como bien ha indicado Dietler (1988: 15), para desvelar la naturaleza de esos intercambios hay que estudiar detalladamente las relaciones de todos los sistemas socioeconómicos regionales implicados y los mecanismos que los articulan. En todo caso, la tesis de Frankenstein y Rowlands (1978) reconociendo la existencia de jefes con dominio socio-político territorial me parece un punto de partida para esa empresa más sólido que los «entrepreneurs» de Wells.

Los siglos IV-III a. C. representan un relativo aislamiento de las comunidades europeas respecto a los activos intercambios de las centurias anteriores, el «descenso de la marea» en término metafórico de Collis (1984) y sólo ya en el s. II a. C. la presencia romana va cobrando influencia sobre la zona costera de la Galia, que quedará consolidada con la organización efectiva de la provincia Transalpina en el 109 a. C. En la expansión de los intereses romanos el comercio de vino jugó un papel muy importante, reconocible arqueológicamente en los innumerables fragmentos de ánforas, en las que se transportaba el vino. Los entrepreneurs romanos conducían el vino remontando los ríos hasta centros interiores, donde se han hallado miles de fragmentos anfóricos, y desde allí parte de los cargamentos se distribuirían a lomos de caballerías. Uno de los centros fue Chalon-sur-Saône, en la cabecera del valle del Ródano, desde donde la mercancía podría alcanzar el Rin y otro Toulouse desde donde el vino podría ser transferido a Burdeos y desde allí a lo largo de la costa atlántica hasta Bretaña e incluso el sur de Inglaterra. Tomando como base el número y capacidad de los pecios de la época, Tchernia ha sugerido que pudieron haber llegado a la Galia a lo largo del s. I a. C. unos 40 millones de ánforas con el preciado líquido para los «sedientos» bárbaros.

La conquista de las Galias por Julio César es uno de los capítulos más brillantes del libro, y donde la conjugación de datos arqueológicos y textos está permitiendo mantener un debate en continua progresión (véase por ejemplo Ralston 1988). El trabajo sobre la interacción galo-romana se cierra con el estudio de la organización provincial de las Galias bajo el genio administrativo de Augusto.

Moviéndose en un terreno muy familiar, Cunliffe traza en otro capítulo un espléndido panorama del caso británico, donde siguiendo el modelo de zonación tripartita, se considera un caso con las peculiaridades que implica la lejanía del «centro». La caracterización socio-política de los «hill-forts» británicos actuando como residencias de jefes, el modelo de Danebury propuesto por el propio autor (Cunliffe 1984), ha recibido no obstante varias críticas bastante fundamentadas (Haselgrove 1986 y Stopford 1987). Otro ejemplo periférico es el del mundo germánico más allá del Rin con un ritmo de procesos más lento y gradual que se estudia hasta el s. III d. C., cuando empieza la Administración Romana a tomar conciencia del peligro de las poblaciones germánicas presionando sobre las fronteras; proceso que culminará dos siglos más tarde con la caída del Imperio.

La síntesis final es un buen ejemplo de cómo con un análisis detallado y crítico del cúmulo de datos es posible extraer modelos de verdad —en esa búsqueda de generalizaciones de los fenómenos humanos que ha caracterizado a la Arqueología anglosajona— que sirvan, por un lado, para resumir situaciones concretas y particulares y, por otro, como instrumento de trabajo y de construcción de nuevas hipótesis.

Como de costumbre en una síntesis que hace referencia a la Península Ibérica hay que lamentar

el desconocimiento de nuestra protohistoria más allá de nuestras fronteras. Resulta lamentable que las referencias a las que se remite sobre Tartessos (nota 12, p. 202) sean el libro de Arribas sobre *Los Iberos* (1962) y el de Schulten (1945) o que toda referencia para Ampurias (nota 16, p. 203) sea la *Hispania Graeca* de García Bellido (1948). Ese desconocimiento se extiende a algunas de las figuras, por lo demás bien elegidas y confeccionadas aunque casi se limitan a mapas. Así la fig. 4 sitúa las colonias fenicias más antiguas del mediodía peninsular sobre el s. VI a. C.; la fig. 6 que recoge las «ciudades» en el círculo del estrecho de Gibraltar ignora por completo la investigación actual sobre colonias y factorías fenicias en la costa andaluza, publicada no sólo en castellano sino también en alemán, y comete la ingenuidad de situar a Mainake como ciudad griega y, por último, la fig. 15, reflejando la situación entre fines del s. V y mediados del IV a. C. incluye toda la costa francesa y catalana como territorio romano.

A la lista bibliográfica, corta pero bien seleccionada aunque aligerada por la imprenta ya que faltan algunos títulos citados en el texto, se le podría reprochar la ignorancia o quizá omisión intencionada de los trabajos de J. Collis, del que sólo se recoge un título, a pesar de sus notables contribuciones al estudio de la Edad del Hierro europea.

Es posible que a algunos estas obras les parezcan simplificaciones y esquematizaciones carentes de verdadero valor pero, a mi juicio, hacen algo muy importante: delimitar problemas y establecer nuevos marcos de indagación para resolverlos, nuevos marcos y nuevas preguntas para enfrentarse a la impresionante masa de datos sobre la Edad del Hierro europea. Con ello se reconoce la necesidad de desarrollar teoría para interpretar los datos ya que, querámoslo o no, todas las interpretaciones tienen unos fundamentos teóricos y conceptuales, ya sean implícitos o explícitos. Ya nos hemos dado cuenta de que las tumbas y cementerios no hablan por sí mismos, pero todavía habrá que seguir perdiendo «inocencia» en otros muchos temas como los habitats, las tipologías, las periodizaciones, etc... Es posible, desde luego, que se cometan errores y excesos, pero lo importante es ganar seguridad en nuestras preguntas, como muy bien ha dicho C. Renfrew, tal vez no estemos encontrando las respuestas correctas pero al menos sabemos ya que estamos haciendo las preguntas correctas y los libros de P. Brun y B. Cunliffe ayudan decididamente a esa tarea.

AGRADECIMIENTOS

Este trabajo ha sido realizado durante una estancia de investigación en el Instituto de Arqueología de la Universidad de Oxford en el otoño de 1988, subvencionada con una Ayuda para estancias breves en centros extranjeros de la Consejería de Educación de la Comunidad Autónoma de Madrid. Quiero agradecer al Prof. B. Cunliffe, director del Instituto de Arqueología de Oxford, la ayuda y orientación prestada, y a la Consejería de Educación de la Comunidad de Madrid la ayuda financiera para realizar la estancia de investigación.

BIBLIOGRAFIA

- ARNOLD, B. (1988): «Slavery in Late Prehistoric Europe: Recovering the Evidence for Social Structure in Iron Age Society», en D. B. Gibson y M. N. Geselowitz (eds.): *Tribe and Polity in Late Prehistoric Europe. Demography, production and exchange in the evolution of complex social systems*, New York: 179-192.
- ALEXANDER, J. (1983): «Some neglected factors in the spread of iron-using in Europe», *Offa*, 40: 29-33.
- AUBET, M. A. (1984): «La aristocracia tartésica durante el período Orientalizante», *Roma, Opus III*: 445-468.

- BINTLIFF, J. (1984): «Iron Age Europe in the context of social evolution from the Bronze Age through to Historic times», en J. Bintliff (ed.): *European Social Evolution. Archaeological Perspectives*, Bradford: 157-225.
- BUJNA, J. (1982): «Spiegelzug der Sozialstruktur auf Latènezeitlichen Gräberfeldern im Karpatenbecken», *Památky Archeologické*, LXXIII: 312-431.
- CHAMPION, S. (1988): «The Metalworker in European Iron Age Society: A Reappraisal», en S. Van der Leeuw y R. Torrence (dir.): *The Social and Economic Context of Technological Change*, Southampton, The World Archaeological Congress: s/n.
- CHAMPION, T. (1982): «Fortification, ranking and subsistence», en C. Renfrew y S. Shennan (eds.): *Ranking, Resource and Exchange*, Cambridge, C. U. P.: 61-66.
- (1987): «The European Iron Age: Assessing the state of the Art», *Scottish Archaeological Review*, 4(2): 98-107.
- CHAMPION, T. C. (1985): «Written sources and the study of the European Iron Age», en T. C. Champion y J. V. S. Megaw (eds.): *Settlement and Society. Aspects of the West European prehistory in the first millenium B. C.*, Leicester: 9-22.
- CHAMPION, T. y CHAMPION, S. (1986): «Peer polity interaction in the European Iron Age», en C. Renfrew y J. Cherry (eds.): *Peer Polity Interaction and Sociopolitical Change*, Cambridge, Cambridge University Press: 59-68.
- CHAMPION, T. C. y MEGAW, J. V. S. (1985): «Introduction: approaches to the study of Iron Age settlement and society», en T. C. Champion y J. V. S. Megaw (eds.): *Settlement and Society Aspects of west European Prehistory in the first millenium B. C.*, Leicester: 1-8.
- COLLIS, J. (1977): «An approach to the Iron Age», en J. Collis (ed.): *The Iron Age in Britain: a review*, Sheffield: 1-7.
- (1984): «What do we want to Know?», *Revue du Nord* (Lille), nº special: Les Celtes en Belgique et dans le Nord de la France: 283-285.
- (1984): *The European Iron Age*, London, Batsford.
- (1986 a): «Adieu Hallstatt» Adieu La Tène!», *Aquitania, Suppl. 1*: 327-330.
- (1986 b): Recensión de T. C. Champion y J. V. S. Megaw (eds.): *Settlement and Society. Aspects of West European prehistory in the first millennium B. C.*, en American Journal of Archaeology, 90, (3): 366-367.
- CRUMLEY, C. (1980): «Signification d'une orientation régionale dans les études sur l'Age du Fer», en J. Collis, A. Duval y Perichon (Eds.): *Deuxième Age du Fer en Auvergne et en Forez et ses relations avec les régions voisines*, Clermont-Ferrand / Sheffield.
- CRUMLEY, C. L. (1974): *Celtic Social Structure: the generation of archaeologically testable hypotheses from literary evidence*. University of Michigan, Museum of Anthropology, Occasional Papers, No. 54.
- DEMOULE, J. P. y ILET, M. (1985): «First-millennium settlement and Society in northern France: a case study from the Aisne Valley», en T. C. Champion y J. V. S. Megaw (eds.): *Settlement and Society. Aspects of West European Prehistory in the first millenium B. C.*, Leicester, University Press: 193-221.
- DIETLER, M. (1988): «Greeks, Etruscans and thirsty barbarians: exchange and cultural interactions in the Rhone basin of France», en Van der Leew y R. Towence (dir.): *The Social and Economic Contexts of Technological Change*, Southampton, The World Archaeological Congress: s/n.
- FRANKENSTEIN, S. y ROWLANDS, M. J. (1978): «The internal structure and regional context of Early Iron Age society in south western Germany», *Bull. Inst. of Archaeol. Univ. London*, 15: 73-112.
- GOSDEN, CH. H. (1984): «Bohemian Iron Age Chronologies and the seriation of Radovesice», *Germania*, 62 (2): 28-309.
- HAEFNER, H. (ed.) (1981): «Frühes Eisen in Europa», Festschrift Walter Ulrich Guyan zu seinen 70 Geburtstag, Schaffhausen, Peter Meili.
- HÄRKE, H. (1979): *Settlement Types and Settlement Patterns in the West Hallstatt Province*, Oxford, B. A. R. Int. S., 57.
- HASELGRIVE, C. (1986): «An Iron Age Community and its hillfort: the excavations at Danebury, Hampshire, 1969-1979», *The Archaeological Journal*, 143: 363-369.
- HAWKES, C. F. S. (1982): «The wearing of the brooch: early iron age dress among the Irish», en B. G. Scott (ed.): *Studies on Early Ireland*: 51-73.
- HEDEAGER, L. (1978): «Processes towards state formation in Early Iron Age Denmark», en K. Kristiansen y C. Paludan-Müller (eds.): *New Directions in Scandinavian Archaeology*, Copenhagen, National Museum of Denmark: 217-223.
- HINGLEY, R. (1984): «Towards social analysis in archaeology: Celtic Society in the Iron Age of the Upper Thames Valley», en B. Cunliffe y D. Miles (eds.): *Aspects of the Iron Age in Central Southern Britain*, Oxford: 72-78.
- HINGLEY, R. y MILES, D. (1984): «Aspects of Iron Age Settlement in the Upper Thames Valley», en B. Cunliffe y D. Miles (eds.): *Aspects of the Iron Age in Central-Southern Britain*, Oxford: 52-71.
- HODSON, F. R. (1979): «Inferring status from burials in Iron Age Europe: some recent attempts», en B. C. Burnham y J. Kingsbury (eds.): *Space, Hierarchy and Society*. Oxford: B. A. R. Int. S., 59, 23-30
- JACKSON, K. H. (1964): *The Oldest Irish Tradition: a Window on the Iron Age*, Cambridge.
- KNIGHT, D. (1984): *Late Bronze Age and Iron Age Settlement in the Neue and Great Ouse Basins*, Oxford. B. A. R., 130.
- LORENZ, H. (1985): «Regional organization in the western Early La Tène province: the Marne-Mosel and Rhine-

- Danube groups», en T. C. Champion y J. V. S. Megaw (eds.): *Settlement and Society. Aspects of West European Prehistory in the first millenium B. C.*, Leicester: University Press, 109-122.
- MANSFELD, G. (1984): «Neue Beiträge zur Chronologie der Eisenzeit in Norditalien», *Germania*, 62 (2): 437-445.
- MILLS, N. (1985): «Iron Age Settlement and Society in Europe: Contributions from Field Surveys in Central France», en S. Macready y F. H. Thompson (eds.): *Archaeological Field Survey in Britain and Abroad*, London, The Society of Antiquaries: 74-100.
- MURRAY, M. L. y SCHOENINGER, M. J. (1988): «Diet, status and Complex Social Structure in Iron Age Central Europe: some contributions of Bone chemistry», en D. B. Gibson y M. N. Geselowitz (eds.): *Tribe and polity in Late Prehistoric Europe. Demography, production and exchange in the evolution of Complex Social Systems*, New York: 155-176.
- NASH, D. (1976): «Reconstructing Poseidonio's Celtic Ethnography: Some Considerations», *Britannia*, 7: 111-126.
- (1978): «Territory and State formation in Central Gaul», en D. Green et alii (eds.): *Social Organization and Settlement*. Oxford: B. A. R., 455-475.
- PY, M. (1982): «Civilisation indigène et urbanisation durant la Protohistoire en Languedoc-Roussillon» *Ktema*, 7: 101-121.
- PLEINER, R. (1980): «Early Iron Metallurgy in Europe», en Th. A. Wertime y J. D. Muhly (eds.): *The Coming of the Age of Iron*, New Haven-London: 375-415.
- (1982): «Les débuts du fer en Europe», *Dialogues Hist. Anc.* 8: 167-192.
- RALSTON, I. (1988): «Central Gaul at the Roman Conquest: conceptions and misconceptions», *Antiquity*, 62: 786-794.
- RANDBORG, K. (1986): «The Study of Slavery in Northern Europe. An Archaeological Approach», *Acta Archaeologica*, 55 (1984): 155-160.
- RENFREW, C. (1980): «The great tradition versus the great divide: archaeology as anthropology?», *American Journal of Archaeology*, 84: 287-298.
- ROWLANDS, M. (1987): «Centre and periphery: a review of a concept», en Rowlands, M. et alii (eds.): *Centre and Periphery in the Ancient World*, Cambridge: 1-11.
- ROWLANDS, M.; BRADLEY, R. y GOSDEN, C. (1987): «The concept of Europe in Prehistory», *Man*, 22, (3): 559-561.
- ROWLANDS, M., GOSDEN, C. y BRADLEY, R. (1986): «Modernist fantasies in Prehistory», *Man*, 21, (4): 745-748.
- ROWLANDS, M. LARSEN, M. y KRISTIANSEN, K. (eds.) (1987): *Centre and Periphery in the Ancient World*, Cambridge, C. U. P.
- ROWLANDS, M. G. (1984): «Conceptualizing the European Bronze and Early Iron Age», en G. Bintliff (ed.): *European Social Evolution, Archaeological Perspectives*, Bradford, University of Bradford: 147-156.
- RUIZ ZAPATERO, G. (1983-84): «El comercio protocolonial y los orígenes de la iberización: dos casos de estudio, el Bajo Aragón y la Cataluña interior», *Kalathos*, 3-4: 51-70.
- SNODGRASS, A. M. (1980): «Iron and Early Metallurgy in the Mediterranean», en Th. A. Wertime y J. D. Muhly (eds.): *The Coming of the Age of Iron*, New Haven-London: 335-374.
- (1985): «The New Archaeology and the Classical Archaeologist», *American Journal of Archaeology*, 89, (1): 31-37.
- STOPFORD, J. (1987): «Danebury: an alternative view», *Scottish Archaeological Review*, 4 (2): 70-75.
- STOERNQUIST, B. (1985): «Approaches to the problem of Settlement patterns in Eastern Scania in the first millenium B. C.», en T. C. Champion y J. V. S. Megaw (eds.): *Settlement and Society. Aspects of West European Prehistory in the first millenium B. C.*, Leicester, University Press: 223-238.
- VAN DER VALDE, P. (1985): «Early State Formation in Iron Age Central Europe», en H. J. M. Claessen, P. Van der Velde y M. E. Smith (eds.): *The Evolution of Sociopolitical Organization*, South Hadley, Bergin and Hadley: 170-181.
- VICKERS, M. (1984): «Hallstatt and Early La Tène Chronologie in Central, South and East Europe», *Antiquity*, LVIII: 208-211.
- VV. AA. (1988): «Classical Matters», *Antiquity*, 62, (237): 724-797.
- WALLERSTEIN, I. (1974): *The Modern World-System: Capilalist Agriculture and the origins of the European World-Economy in the Sixteenth Century*, Vol 1., New York, Academic Press.
- (1979): *The Capitalist World Economy*, Cambridge, C. U. P.
- WELLS, P. S. (1984): *Farms, Villages and Cities: comerce and urban origins in later prehistoric Europe*, Ithaca/London, Cornell Univ. Press.
- (1986): «Europe's First Towns and Entrepreneurs», *Archaeology* 26-31.
- (1987): «Sociopolitical Change and core-periphery interactions: an example from early Iron Age Europe, en K. M. Trinkaus (ed.) *Politics and Partitions: Human Boundaries and the Growth of Complex Societies*, Arizona, State University, Anthropological Research Papers, nº 37: 141-155.

RICHARD J. HARRISON, «*Spain at the Dawn of History, Iberians. Phoenicians and Greeks*». Thames and Hudson. Londres. 1988., 176 pág. 113 ilustr.

La prestigiosa editorial Thames and Hudson, en sus diversas series, es una de las que más monografías ha dedicado a la Arqueología, buscando siempre temas amplios, que sirvan de apoyo tanto al especialista como el estudiante o al aficionado. Hace ya veinticinco años que, en su intento de abarcar las distintas vertientes de la Arqueología mundial, publicó una de las síntesis más conocidas y divulgadas de la Protohistoria española: el libro «Los Iberos», redactado por A. Arribas. En él se daba un fiel panorama de lo que el tema daba de sí en esos momentos, fundamentalmente un listado de hallazgos espectaculares sin cohesión, interpretados a la luz de los textos antiguos. Ahora los editores han decidido publicar una nueva versión del libro que contenga los avances que se han hecho, no sólo desde el punto de vista de las excavaciones y su repercusión en el registro de la cultura material, sino —y lo que es más importante— en la manera de enfocar el estudio de la Cultura Ibérica, una de las más atractivas de la historia prerromana de nuestra Península.

Puesto que el libro parece concebido para servir de texto fuera de nuestras fronteras, el encargado de su redacción ha sido ahora un arqueólogo británico, R. Harrison, quien lleva tiempo trabajando en España, si bien, como él mismo reconoce al comienzo, siempre en fases anteriores a las que aquí aborda. Esta formación como prehistoriador resulta ventajosa, en cierta medida, a la hora de tratar un tema tradicionalmente cubierto por historiadores del arte o del mundo clásico, ya que le permite incidir en los mecanismos locales de cambio cultural frente a la típica sobrevaloración del fenómeno colonial como modelo a imitar por las poblaciones indígenas. El libro, por tanto, aún siguiendo las directrices clásicas de estas series —carácter general, descripción pormenorizada de casos concretos, ilustrativos de situaciones más complejas, buenas y numerosas ilustraciones— nos presenta una nueva manera de tratar el problema del contacto entre sociedades diferentes, colonos e indígenas, y del papel que cada cual desempeñó en las transformaciones ocurridas en el primer milenio antes de nuestra era.

La obra está precedida por una presentación ambiental de nuestra Península, y globalmente se divide en dos partes, a las que se concede igual importancia. La primera, dedicada a la que denomina «experiencia colonial» y la segunda a la caracterización de la cultura ibérica propiamente dicha. La primera parte es de gran interés, y en ella se intenta imbricar la llegada de los colonos con la realidad social y económica de la Península, ofreciéndose una panorámica de la Edad del Bronce de carácter fundamentalmente económico, relacionando los recursos disponibles con los asenta-

mientos, los instrumentos y las formas sociales. Esto sirve para presentar la situación que los colonos fenicios encontraron al llegar a las costas andaluzas, transformándose desde ese momento la dinámica indígena. Uno de los aspectos más interesantes del libro es precisamente el tratamiento que se da al hecho colonial, en un modelo de relaciones centro-periferia al que aún estamos poco acostumbrados. Para Harrison, y en esto reconoce seguir la propuesta de S. Frankenstein, los fenicios debían proveer a los asirios de buena cantidad de materias primas, y debido a ello buscaron nuevos mercados en los que abastecerse. La «colonización» fenicia, por tanto fue en su base un hecho comercial, y las repercusiones que tuvo en el mundo local estuvieron en función de favorecer la explotación mercantil de ciertos productos proporcionados por los iberos. Estos, que ya en el Bronce final habían mostrado en ciertas áreas una complejidad social que en ocasiones llegaba a la existencia de monarquías, sufrieron una transformación distorsionada por la presencia fenicia que, dirigida a sacar el máximo provecho de la nueva situación económica, provocó un rápido aumento de las diferencias sociales.

Es importante señalar aquí, tras las excavaciones sistemáticas de los años 60 y 70, el papel fundamental otorgado a los fenicios en este proceso en detrimento de los griegos, para los que únicamente se reconoce una influencia efectiva y directa en el NE —Emporion, Rhode—, mientras que en el resto su presencia sería esporádica o indirecta, mediante intermediarios púnicos. Si bien creo que el influjo griego fue más profundo de lo que indica el autor, me parece que este enfoque es positivo para nuestra arqueología, ya que, por una parte, se evita caer en la absurda y repetida catalogación de lo ibérico como una copia defectuosa del modelo griego y, por otra parte, como ya señalaron hace tiempo algunos autores (Aubet, 1984), al dar un papel primordial a los fenicios y limitar la presencia de éstos a la línea costera, sin la pretensión de crear más que centros de intercambio, producción y coordinación de comercio, deja el peso del cambio a la sociedad indígena, estimulada y preparada para aprovechar las nuevas posibilidades económicas que se le ofrecen. El contacto con los fenicios hace que sociedad y economía cambien, «orientalizándose» en un principio y denominándose «ibéricas» cuando el proceso se ha consolidado, ya a fines del s. VI a. JC. La arqueología cartaginesa, tratada por Harrison al final de esta primera mitad, adolece aún de una escasa evidencia material provocada seguramente por falta de planes de investigación centrados en ella. Su realidad, por tanto, es difícil de evaluar en la Península, aunque es más clara en Ibiza, donde nuevos asentamientos excavados van aclarando poco a poco el panorama.

La segunda mitad del libro abarca la cultura ibérica desde cinco puntos de vista: la progresiva urbanización, el arte funerario como mensaje ideológico, los cambios religiosos, las características de la escritura y, finalmente, las bases económicas. Es importante su advertencia de que bajo el término «iberos» subyace una marcada diversidad regional, y que las transformaciones no son ni mucho menos generales ni coetáneas. En esta parte, sin embargo, el modelo propuesto al comienzo de la obra sufre algunas debilidades no achacables a la falta de información arqueológica. En el capítulo de urbanismo, por ejemplo, se deja de lado el complejo fenómeno andaluz, con su marcada jerarquización del hábitat, bien estudiada, por ejemplo, en la campiña de Jaén. A pesar de que recoge las ideas de Sjoberg, afirma que Cástulo o Tejada la Vieja debieron su fortuna a su posición estratégica respecto a las rutas comerciales, y propone que la ciudad como unidad social es algo imitado de Grecia o Italia a través de los mercenarios iberos, renunciándose a la posibilidad de una evolución autóctona. Probablemente la redacción del texto fue anterior a la publicación de las comunicaciones al congreso sobre los Iberos celebrado en Jaén en 1985 (Ruiz, Molinos, 1987), que clarifica muchos de estos puntos.

El aspecto del arte funerario está bien enfocado, y desgraciadamente en el capítulo de religión aflora la falta de estudios en profundidad dedicados a este importante aunque difícil aspecto, por lo que se deja sentir aquí más que en otros lugares un relato descriptivo. El capítulo dedicado a la escritura revela sus distintas variedades, y el restringido —y probablemente comercial— uso que se hizo de ella, no generalizándose ni empleándose para fines institucionales hasta época romana. Por fin, el resumen de la economía ibérica revela que la explotación minera corrió a cargo de los indígenas, que poseían su propia tecnología, y que el influjo fenicio causó mayor incidencia en el

ámbito rural, introduciendo e intensificando cultivos mediante el nuevo instrumental de hierro, ahora generalizado.

Con ello acaba el libro, y ciertamente se echa de menos un capítulo de gran importancia y que apenas queda esbozado en los apartados anteriores: la estructuración social vinculada al cambio económico e ideológico. La diversificación de los asentamientos, las características comerciales y económicas, la importantísima documentación aportada por las necrópolis y los propios textos antiguos permiten constatar la presencia de élites y de grupos escalonadamente menos poderosos hasta llegar a la presencia de esclavos o de poblaciones dependientes, como lo atestigua el tantas veces citado bronce de Lascuta. Sinceramente, creo que éste podría haber sido un tema relevante en esta obra.

Hay muchos otros detalles que podrían ser objeto de discusión, pero precisamente por su carácter puntual no merecen ser incluidos en este comentario, que pretende resumir y comentar el conjunto de la obra más que sus aspectos más concretos. En esta valoración global del libro de R. Harrison supone un considerable avance frente a trabajos anteriores, y por tanto resulta altamente recomendable, sobre todo si tenemos en cuenta la asombrosa escasez de obras de conjunto «para todos los públicos» editadas sobre este tema. El trabajo arqueológico, sin embargo, continúa a un ritmo rápido y el panorama actual de la cultura ibérica aguarda importantes reajustes provocados por los nuevos planteamientos que a ella se aplican. En cualquier caso, éstos estarán probablemente más cerca de lo expresado por el autor británico que de lo publicado con anterioridad.

TERESA CHAPA BRUNET

Dpto. de Prehistoria. Facultad de Geografía e Historia.
Universidad Complutense. Madrid

BIBLIOGRAFIA

- AUBET, M. E. (1984): «La aristocracia tartésica durante el período orientalizante» *Opus III* (fasc. 2), 445-468.
RUIZ, A. y MOLINOS, M. (1987): «Iberos». Actas de las I Jornadas sobre el Mundo Ibérico Jaén, 1985. Ayuntamiento de Jaén. Junta de Andalucía.

KURTZ, W. S. *La Necrópolis de Las Cogotas. Volumen I: Ajuares. Revisión de los materiales de la necrópolis de la Segunda Edad del Hierro en la Cuenca del Duero (España)*. Oxford. B.A.R. International Series 344, 1987, 308 pp. 131 figs. ISBN: 0-86054-443-5.

Los British Archaeological Reports (BAR), en su doble vertiente de estudios a nivel nacional (BAR British Series o Serie Azul) e Internacional (BAR International Series o Serie Roja), vienen publicando desde 1976 monografías y obras colectivas que abarcan todo el campo de la arqueología. Su intención es presentar de modo rápido estudios arqueológicos utilizando el sistema offset de impresión, sistema que hace unos años permitía trabajar rápidamente y a bajo costo pero que hoy queda un tanto obsoleto ante los nuevos métodos de impresión como el sistema laser, por ejemplo. Aún así, los resultados de los BAR (que por cierto, nada tienen que ver con la Universidad de Oxford sino que se trata de una editorial independiente) no son nada desdeñables: en noviembre de 1988 la Serie Roja estaba próxima a los 460 volúmenes y la Azul a los 200, cifras que pueden darnos idea de la importancia de esta colección y baste añadir que el mismo año en que apareció el libro de Kurtz (1987) publicaron 67 títulos más. Por desgracia, en el panorama español no existe ninguna publicación de este tipo que de salida al creciente número de estudios sobre Prehistoria y Arqueología.

El primer trabajo publicado en español en esta colección apareció en 1984. Desde entonces se han sucedido algunos más y lo hacen de un modo claro para nuestro propio mercado. Otros tratan temas de la Prehistoria española pero están escritos por autores extranjeros en su idioma. Respecto a esto hay que decir que tendría que existir entre nosotros la preocupación de elaborar obras de síntesis sobre la Península escritas en inglés y dirigidas, en consecuencia, a la comunidad internacional de arqueólogos e interesados, único modo en el momento actual de dar a conocer el estado de la Arqueología española a nivel internacional desde la óptica de nuestros propios especialistas.

El trabajo de Kurtz, que ya había realizado algunos estudios sobre Las Cogotas (Kurtz 1980, 1982 y 1984), aborda ahora el tema de la revisión de una de las necrópolis más importantes de la Edad del Hierro en la Meseta Norte: la necrópolis de Las Cogotas, excavada por J. Cabré en los años treinta. La publicación de Cabré (1932), basada en el diario de excavación, fue modélica para su tiempo y estaba —que duda cabe— a la altura de las más importantes publicaciones arqueológicas del momento.

Evidentemente, más de cincuenta años después, la revisión de una necrópolis de este tipo está bien justificada. Ahora contamos con una metodología y unas técnicas más avanzadas que las

utilizadas en España en el segundo cuarto de siglo en este caso concreto. Otras necrópolis de la Meseta no menos importantes, como La Osera, por ejemplo, excavada también en esta época, están siendo objeto de reestudio actualmente.

Kurtz hace una nueva división de las zonas de esta necrópolis de incineración atendiendo a los espacios vacíos entre ellas a partir del plano de la publicación de 1932. De este modo divide la zona I de Cabré en Ia y Ib. Da, además, 144 tumbas de diferencia con respecto al total de las ofrecidas por Cabré porque su estudio se centra exclusivamente en las tumbas sobre las que se dispone de datos publicados aparte de que hay que pensar que, en algunas ocasiones, las tumbas no tendrían ni urna ni ajuar, como ciertamente ocurre en esta necrópolis. Hay que añadir que las tumbas con ajuar son minoritarias con respecto al total, sólo 247 lo contienen.

Kurtz limita su estudio a los ajuares, a los que define como «objetos depositados en las tumbas como ofrendas», con lo que deja fuera del mismo las urnas cinerarias por ser objetos funcionales (contienen las cenizas). Para él, los ajuares permiten una visión si no completa sí exacta de la necrópolis. Este es uno de los aspectos más criticable: las urnas deben estudiarse conjuntamente con el resto de materiales de ajuar. Su exclusión puede provocar carencias parciales, como de hecho ocurre en este trabajo, a la hora de intentar sacar conclusiones en torno a la organización social, y carencias totales, que también se dan, a la hora de hacer, por ejemplo, una estratigrafía horizontal de la necrópolis. Considero que la inclusión de las urnas en un estudio de este tipo es imprescindible y es necesario realizar una tipología para el mundo cerámico del mismo modo que se hace para el resto de los materiales de un ajuar. No en vano la cerámica es, en la mayoría de los casos, el material más abundante, tal como aquí ocurre.

Un caso contrario al estudio de Kurtz lo encontramos en un reciente trabajo de Barrio Martín (1988) que revisa también los materiales de las excavaciones antiguas de otra necrópolis de la Segunda Edad del Hierro, ésta en Cuéllar, Segovia, donde atiende exclusivamente al material cerámico, que supone más del 95 % del total, dejando de lado el material metálico pero sin negarle importancia. Y aunque el estudio cerámico es bueno no se entiende por qué no incluye los ajuares metálicos, que además suponen una mínima parte —menos del 5 % del total— lo que daría una visión unitaria y, por supuesto, más completa de la necrópolis.

El estudio de los objetos de ajuar constituye la primera sección del libro de Kurtz (analítica) alcanzando conclusiones referidas a cuestiones taxonómicas. La segunda sección es la sintética en la que las conclusiones hacen referencia a cuestiones generales sobre la sociedad y la cultura, aspectos, estos últimos, más interesantes ya que la primera parte del libro es primordialmente expositiva. No quisiera dejar de mencionar la falta de láminas a lo largo de ella —salvo dos— lo que dificulta el seguimiento de la lectura máxime cuando Kurtz hace constante referencia a las láminas de Cabré. Pienso, sin duda, que a las explicaciones debería acompañar toda la documentación gráfica, pues si no la información queda sesgada por faltar uno de los componentes esenciales, aunque podría sospecharse que el volumen II pueda tratar sobre las urnas e incluir todas las láminas; en cualquier caso, Kurtz debería haber concretado este aspecto explícitamente.

Las conclusiones más interesantes a las que Kurtz llega, partiendo del análisis de los ajuares funerarios sin el estudio de las urnas, son las referidas a la organización social y los aspectos religiosos. Cada zona sería el área de enterramiento de un grupo unido por lazos de naturaleza familiar. Se trataría de grupos suprafamiliares y cada uno de ellos tendría su propia capa dirigente, como pone de manifiesto la presencia de armas en algunas tumbas de casi todas las zonas. Kurtz califica la cultura y organización de Las Cogotas de protourbana, pues se ha formado ya un asentamiento con intereses comunes pero todavía no se ha producido la disolución de los vínculos y sistemas de filiación de naturaleza familiar, que es una de las características de las culturas urbanas. Se estaría asistiendo a una fase de transición desde una sociedad vertebrada en grupos familiares a una sociedad organizada en clases. Pero tendría que existir una instancia superior que coordinara las actividades de los grupos suprafamiliares y Kurtz propone la existencia de un senado común como manifestación política de la comunidad, más que una monarquía, que armonizara los distintos grupos familiares y organizara los aspectos comunitarios del poblado. Pero, en lo referente

a todas estas conclusiones, no puede dejar de decirse que, para este estudio y otros muchos sobre estos mismos temas, tendríamos que consultar la bibliografía existente sobre la «Arqueología de la Muerte» de cuya lectura podríamos sacar bastante provecho a la hora de inferir datos sociales a través de los elementos funerarios, y de ejemplo sirvan los trabajos reunidos en los libros de Gnoli y Vernant (1981), Chapman, Kinnes y Randsborg (1981) y Humphreys y King (1981). En lengua española podemos encontrar una buena síntesis metodológica para el mundo funerario en el trabajo de Lull y Estévez (1986) sobre las necrópolis argáricas. Y en el caso concreto de Las Cogotas es interesante el trabajo de Castro Martínez (1986) en el que se hace un intento de reconstrucción sociológica de la comunidad de esta necrópolis. González-Tablas (1985) hace otro estudio sobre la sociedad de esta necrópolis.

En cuanto a los aspectos religiosos destacar que Kurtz cree que la religión no tenía una organización específica sino que se encontraba en manos de individuos socialmente distinguidos y que radicaba en la transcendentalización de la vida cotidiana. Esta conclusión, que puede resultar muy sugerente en mi opinión, parece un tanto arriesgada pues la deduce de la ausencia de objetos específicamente religiosos y suponiendo que los objetos relacionados con el uso del fuego formaran parte de un culto de naturaleza doméstica vinculada al hogar y ejecutado por un miembro de la familia.

Para la cronología, el trabajo de Kurtz no arroja mucha luz, pues piensa que la necrópolis abarca desde algún momento del siglo VI al III a. de C., que es la fecha dada por Cabré al Castro. Aquí Kurtz podría haber intentado ordenar la secuencia cronológica de la necrópolis haciendo fases internas a través del uso de matrices de co-ocurrencia y asociación de objetos, aunque ciertamente no se puedan establecer límites de cronología absoluta con cierta facilidad ya que los datos no lo permiten, pero podía haberse intentado para comprobar su alcance. Y esto no es nada nuevo pues pertenece a la tradición protohistórica clásica europea y ya Müller-Karpe, en su trabajo sobre el Hallstatt, utiliza matrices de este tipo en 1959.

Para concluir, decir que el libro de Kurtz se inserta en la corriente de estudios revisionistas de yacimientos ya excavados de antiguo, revisiones que, por otro lado, son necesarias siempre que realmente aporten soluciones nuevas desde la óptica de unas técnicas y una metodología de estudio en constante desarrollo y evolución. En consecuencia, las conclusiones deben ir modificándose y mejorando según el nivel de análisis empleado en estas revisiones, que han de ser, forzosamente, innovadoras con respecto a las publicaciones originales de los yacimientos en cuestión. Y aquellas a las que Kurtz llega tras la revisión de los materiales de esta necrópolis son, inequívocamente, parciales, pues no hace uso de todos los medios que nuestro nivel y método de estudio actual permiten para la extracción de conclusiones generales y baste recordar que no utiliza la información que las urnas cinerarias nos ofrecen, con lo que se está juzgando la totalidad, en este caso la necrópolis, en base a unos datos de referencia parciales, los ajuares.

PABLO ALONSO HERNANDEZ

Lcdo. en Geografía e Historia (especialidad de Prehistoria). Facultad de Geografía e Historia. Universidad Complutense. Madrid.

BIBLIOGRAFIA

- BARRIO MARTÍN, J. (1988): *Las cerámicas de la necrópolis de las Erijuelas, Cuéllar (Segovia). Estudio de sus producciones cerámicas en el marco de la Segunda Edad del Hierro en la Meseta Norte*. Segovia. Excelentísima Diputación de Segovia.
- CABRÉ, J. (1932): *Excavaciones de Las Cogotas, Cardeñosa (Avila) II: la Necrópoli*. Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, 120. Madrid.

- CASTRO MARTÍNEZ, P. V. (1986): Organización espacial y jerarquización social en la necrópolis de Las Cogotas (Ávila). *Arqueología Espacial* 9: 127-137. Teruel.
- CHAPMAN, R., KINNES, I. y RANDBORG, K. (eds.) (1981): *The Archaeology of death*. Cambridge. Cambridge University Press.
- GNOLI, R. y VERNANT, J.-P. (eds) (1981): *La mort, les morts dans les sociétés anciennes*. Cambridge. Cambridge University Press.
- GONZÁLEZ-TABLAS SASTRE, F. J. (1985): La necrópolis de Trasguija: aproximación al estudio de la estructura social de Las Cogotas. *Norba. Revista de Historia*, 6: 43-49.
- HUMPHREYS, S. C. y KING, H. (eds.) (1981): *Mortality and immortality, the Anthropology and Archaeology of Death*. New York. Academic Press.
- KURTZ, W. S. (1980): Un asa de bronce procedente del Castro de Las Cogotas (Cardeñosa, Ávila). *Archivo Español de Arqueología*, 53: 163-173.
- (1982): Material relacionado con el fuego en las necrópolis de Las Cogotas y La Osera. *Boletín de la Asociación de Amigos de la Arqueología*, 16: 52-54.
- (En Prensa): Los arreos de Caballo en Las Cogotas. *Coloquio sobre la Segunda Edad del Hierro en la Sub-Meseta Norte. Salamanca 1984*.
- LULL, V. y ESTEVEZ, J. (1986): Propuesta metodológica para el estudio de las necrópolis argáricas. En *Homenaje a Luis Siret*: 441-452 Sevilla.

GARCIA GELABERT, M. PAZ y BLAZQUEZ MARTINEZ, J. M.^a (1988):
*«Cástulo, Jaén, España. I. Excavaciones en la necrópolis ibérica del
Estacar de Robarinas (s. IV a. C.)»*. BAR International Series 425, 425
pp. Oxford. ISBN 0-86054-549-0.

El volumen que reseñamos nos presenta una nueva memoria que enlaza con las anteriores excavaciones realizadas en Cástulo desde fines de los años sesenta, bajo la dirección global del Dr. J. M.^a Blázquez. Este ha sido auxiliado por numerosos arqueólogos, que se han sucedido en el encargo inmediato de los trabajos de campo. En este caso la responsable principal es M. P. García Gelabert, cuya vinculación con Cástulo es notable desde los inicios de esta década, hasta el punto de que el tema de este libro ha constituido la base de su Tesis Doctoral. Por ello, aunque la obra se firma conjuntamente, no deja de apreciarse un mayor peso en la contribución de esta autora, a quien debemos agradecer una información ordenada y detallista, enfocada a la aclaración de los tipos de estructuras y materiales funerarios, así como del ritual de la necrópolis.

Las excavaciones fueron realizadas en 1982/3, aún bajo los auspicios del Ministerio de Cultura, habiéndose paralizado después los trabajos, al menos los que atañen a la época ibérica, ya que la Junta de Andalucía pretende retomarlos bajo perspectivas diferentes a las que motivaron las campañas anteriores. El estudio tiene como objetivo principal conocer la articulación interna de la necrópolis de Robarinas, ya que su análisis quedó muy incompleto en las campañas previas, a pesar de la importancia del lugar. Para ello se abrió una amplia zona de excavación que continuara los antiguos trabajos, y de forma aislada se planteó una segunda cata («El Cerrillo») en otro lugar, debido a la aparición ocasional de bloques de piedra trabajados que habían sido exhumados por el arado. Nuestro comentario será global, puesto que el tratamiento detallado sobrepasaría los límites de esta reseña.

La excavación reconoció una serie de enterramientos con agrupaciones y acumulaciones que los autores consideran de tipo familiar, desarrolladas en dos momentos estratigráficamente diferentes, aunque prácticamente inmediatos en el tiempo, que abarcan desde finales del s. V a mediados del s. IV a. C. Las estructuras, muchas veces deterioradas por la plantación de olivos y el paso del arado, son los clásicos empedrados rectangulares, acompañados por cistas, urnas en hoyo y fosas, construcciones todas ellas frecuentes en las necrópolis de esta zona, aunque aquí se detalla especialmente su realización. Más originales son los mosaicos o empedrados de guijarros que, aún no siendo exclusivos de Cástulo, han sido bien caracterizados allí, debiéndose a los autores la bibliografía

más relevante sobre el tema. La presencia de sepulturas vacías, interpretadas como cenotafios, y las construcciones de ofrendas, completan el panorama de la necrópolis.

El trabajo se concentra especialmente en aspectos descriptivos, analizando primero las estructuras rituales y de enterramiento —los continentes— y luego los materiales —los contenidos—. Se incluye el inventario completo de materiales y un dibujo de los mismos con alusión a su número de registro. En este inventario se alude sintéticamente a las tipologías ya existentes para las descripciones, y a la lista de colores Munsell para especificar el tono de las superficies cerámicas. Las medidas deben extraerse de los dibujos. A este listado le sigue un estudio breve de los materiales, principalmente cerámicos y metálicos, aunque también se abordan los restos escultóricos, el vidrio, las piezas de juego en hueso, etc. Por último, los autores aluden en la parte final a las cuestiones de ritual, iluminadas por las fuentes antiguas. Tras la bibliografía se sitúan, a modo de apéndices, los informes que distintos especialistas han realizado sobre los materiales, especialmente cerámica ática (C. Sánchez y R. Olmos), petrología (F. Mingarro), metalurgia (A. Madroñero y M. N. I. Agreda), restauración (M. I. Herráez) y fauna (G. Molero). El último anexo lo constituye la localización y descripción de ciertos yacimientos en el área de influencia de Cástulo, llevado a cabo por la propia M. P. García Gelabert, y que centra su interés en contextualizar esta zona de poblamiento ibérico y en esclarecer sus raíces en el Bronce Final.

La valoración global del trabajo es buena en cuanto a descripción y tratamiento de los materiales, agradeciéndose la pulcritud y el rigor en la obtención de la información, que ahora puede ser utilizada por la comunidad científica con toda garantía. Debemos advertir, sin embargo, que este volumen no aspira a ser más que una simple memoria de excavación, y que no deja de ser chocante que su lugar de publicación sea una serie de difusión internacional, como los BAR. Esto demuestra dos cosas: primero que los organismos oficiales españoles no funcionan correctamente en cuanto a la difusión de los trabajos que financian, y segundo, que la línea preferente de la editorial de Oxford no es la publicación de un determinado tipo de trabajo científico, sino la consideración del volumen de ventas al margen de los contenidos. Pensamos que las memorias de excavación deberían ser publicadas —de hecho, y no en teoría—, por los organismos que las han autorizado y subvencionado, mientras que estas series debían dedicarse a sacar trabajos de síntesis, aunque fueran de carácter local.

En cualquier caso, de esta memoria podría esperarse algo más. Las excavaciones previas de Blázquez y Remesal, y los hallazgos casuales de conjuntos excepcionales como el publicado por Blanco en 1965 permitían enfocar el estudio de este cementerio de forma más global, integrándolo en su propio entorno de Cástulo y en el de las otras necrópolis de la Alta Andalucía. En Robarinas hay elementos originales, como los mosaicos de guijarro, pero también otros que pueden aportar mucha luz al resto de los yacimientos de la zona. Los fragmentos escultóricos, de excelente calidad, están reutilizados en las estructuras excavadas, pero los hallados con anterioridad pudieran estar in situ. Se echa de menos, con todo esto, un plano general con la situación precisa del conjunto total de tumbas, incluyendo las de 1973 y 1976, que sin duda podría esclarecer éste y otros aspectos, como el pretendido análisis de la articulación interna de la necrópolis. Aunque los apéndices son muy completos e ilustrativos, no se explica la ausencia de análisis antropológicos, una especialidad ciertamente debatida, pero que sólo conseguirá definir su viabilidad tras la obtención de muestras amplias de comparación. Asimismo, en el estudio de la fauna, sería interesante saber, por ejemplo, si los individuos representados son jóvenes, adultos o viejos, lo que podría ayudar a la interpretación de ritual de ofrendas.

Los materiales son estudiados yuxtaponiendo paralelos de cronologías diversas, pero en ningún caso se pretende valorarlos históricamente. De los 95 títulos incluidos en la bibliografía —sin contar la de los anexos— hay sólo 10 referidos a trabajos de fuera de nuestro país, y casi todos ellos se emplean como ayuda en la clasificación de los materiales, o en la búsqueda de coincidencias y cronologías. Ni siquiera se recogen los libros y artículos desarrollados por el equipo del Colegio Universitario de Jaén, que a través de prospecciones y excavaciones va proporcionando un marco de desarrollo histórico muy sugerente en el que Cástulo —sus materiales, su economía y sociedad,

su posición geográfica— se entiende en la visión más amplia y dinámica del mundo oretano y bastetano.

Resumiendo todo lo expuesto, podemos felicitarnos porque los autores han sacado a la luz una excavación bien realizada, cuyos materiales se publican con detalle, ofreciendo nuevos aspectos del mundo funerario ibérico, y clarificando y situando cultural y cronológicamente otros ya conocidos, pero siempre fuera de un contexto preciso. La otra cara de la moneda es considerar que este esfuerzo bien merecía una revalorización general del mundo funerario de Cástulo, y que el inventario ocupa un espacio desmesurado frente a las conclusiones históricas. Confiemos en que éstas lleguen en los próximos trabajos.

TERESA CHAPA BRUNET

Dpto. de Prehistoria. Facultad de Geografía e Historia.
Universidad Complutense. Madrid.